Año II ¡Proletarios de todos los países, unios! Núm. II

COMUNISMO

Organo teórico mensual de la Izquierda Comunista de España

(Sección Española de la Oposición Comunista Internacional)

ABRIL 1932

SUMARIO

Págs.

EDITORIALES: De mes a mes, por la *Redacción*..... 1
Los problemas sobre el destino del proletariado alemán, por *L. Trotsky*..... 8
El resultado de las elecciones alemanas, por *Andrés Hurtado*..... 12
A la Izquierda Comunista por el Partido, por *Arlen*..... 14
El IV Congreso del Partido Comunista Español, por *Marino Vela*..... 17
Dos expulsiones del P. C. E. «ejemplares», por *M. V.*..... 20
Una línea política: El Bloque Obrero y Campesino, por *N. Molins y Fábrega*..... 22
Acerca del Congreso de la F. C. C.-B., por *L. Fersen*..... 28
III Conferencia Nacional de la Oposición Comunista. Un gran paso adelante, por *Andrés Nin*..... 30
Resumen de las sesiones de la Conferencia. 31
Tesis sobre la situación internacional y el Comunismo..... 34
Tesis sobre las nacionalidades..... 39
Resolución sobre la situación alemana..... 44
Francisco Maynou..... 48

Número suelto: 75 céntimos

Toda la correspondencia al Apartado 918-Madrid

COMUNISMO

Organo teórico mensual de la Izquierda Comunista de España

La correspondencia al Apartado 918 - MADRID

Precios de suscripción:

España, Portugal y América.. Un año: 8 ptas. Seis meses: 4 ptas.

Demás países..... Un año: 12 ptas. Seis meses: 6 ptas.

Los giros al administrador, F. García Lavid Cabeza, 30. MADRID

¿QUE QUIERE LA OPOSICION COMUNISTA DE IZQUIERDA?

Para conocer su programa, leed

LAS OBRAS DE TROTSKY

«El triunfo del bolchevismo», 4 pesetas; «Terrorismo y comunismo», 4; «Literatura y revolución», 5; «La revolución desfigurada», 5; «Mis peripecias en España», 5; «Mi vida», 18; «El gran organizador de derrotas», 6; «¿Adónde va Inglaterra?», 5; «Cómo hicimos la revolución de octubre», 2; «Lenin», 5; «Plataforma de la Oposición», 5; «La revolución permanente», 5; «De octubre rojo a mi destierro», 5; «La revolución española y la táctica de los comunistas», 0,50; «La revolución española y sus peligros», 0,50; «El Plan Quinquenal», 0,20; «Nueva etapa», 0,60; «Historia de la revolución de octubre», 16; «Alemania, clave de la situación internacional», 0,30.

Leed los folletos de "Ediciones Comunismo".

«Estado y Comunismo», por Lenin, 0,20; «El comunismo y la revolución agraria», por García Palacios, 0,20; «Qué es el trotskismo», por Fersen, 0,20; «Qué son los Comités de fábrica», por Lacroix, 0,20; «Qué son los Soviets», por A. Nin, 0,20; «Vida campesina», por Joaquín Bou, 0,20; «La huelga general de enero y sus enseñanzas», por A. Nin, 0,20; «La unificación comunista», por Esteban Bilbao, 0,20; «Democracia burguesa y dictadura proletaria», por Lenin, 0,20.

Los pedidos a EDICIONES COMUNISMO. Apartado 918, Madrid

(3)

EDITORIALES

DE MES A MES

Abril. Primer aniversario de la República. No se puede negar que en este preciso momento padece el movimiento obrero cierta depresión. Pero como las provocaciones de la burguesía van en aumento, la respuesta de los obreros no tardará en sentirse en forma vigorosa. Toda la cuestión está en que al levantarse de nuevo no reincida el proletariado revolucionario en los errores. A pesar de los heroicos combates librados en este año por la clase obrera, la falta de claridad en los objetivos ha permitido a la burguesía ir distrayendo con promesas las aspiraciones de las masas trabajadoras, a la vez que reconstruía el aparato de represión. La clase obrera puso en la República burguesa las más desmesuradas esperanzas. Se puso enteramente en manos de la burguesía, sin comprender que la República tenía un significado antagónico para la burguesía y para los obreros. Buena prueba de ello es que al cabo de un año de nuevo régimen el balance es éste: centenares de obreros muertos, presos y deportados y todas las camarillas monárquicas en la más canallesca impunidad. El fenómeno no se debe a que los republicanos hayan traicionado la revolución, sino a que la República, por el hecho de ser burguesa, era traidora en sí misma. Cuantas veces se repita la experiencia pasada, los resultados serán idénticos.

* * *

La hegemonía del movimiento obrero revolucionario la poseía el anarquismo. La experiencia de la República española es la prueba de lo que el anarquismo puede dar de sí. Esa ideología funesta le impide a la clase obrera el dar un paso y el consolidar ni una posición. El anarquismo se hizo eco de todas las mentiras que sembraba la burguesía. El advenimiento pacífico del nuevo régimen, que constituía la prueba de lo reaccionaria que iba a ser la

República, lo ha considerado el anarquismo un progreso enorme. Si no hubo combate era porque uno de los enemigos estaba dormido y, por lo tanto, se había salvado el otro. La lucha vino después. La batalla se hizo inevitable; pero la clase obrera tuvo que ir a ella en las peores condiciones. Teniendo en sus manos un movimiento de una enorme potencialidad revolucionaria, el anarquismo nos presenta, en resumidas cuentas, a toda la reacción en pie. El régimen actual, en cuanto es un resultado de la lucha de clases, pone de manifiesto la nulidad revolucionaria del anarquismo, que pesó sobre el movimiento revolucionario como el mayor factor de desorientación. Al decir esto se sobreentiende, naturalmente, que al socialismo lo consideramos al otro lado de la barricada.

* * *

El anarquismo gira como una noria en un círculo fijo de fatalidades. Cuando decimos que el responsable del curso que han tomado los acontecimientos es el anarquismo, es porque estamos seguros de que no tiene la menor posibilidad de dar un paso adelante. ¿De qué le ha servido al anarquismo la experiencia pasada? Nuevamente lo encontramos ligado a la burguesía por medio de los «jabalíes» y de su prensa. La demagogia pequeñoburguesa ha vuelto a enamorar a los anarquistas. Aceptando esa clase de demagogia, la clase obrera se encontrará con que siempre la traicionan. Una vez, un campesino que no se movía con desenvoltura en la ciudad, se encontró ante la puerta giratoria de un café. Se metió en uno de los apartados y fué empujado hasta que descubrió que volvía al punto de partida. Repitió la experiencia más de una vez, y como el resultado era siempre el mismo, se encaró con la puerta preguntándole: «¿Estamos de broma o qué?» En los movimientos revolucionarios, a los anarquistas les sucede lo que al campesino con la puerta giratoria. Se encontrarán siempre con la sorpresa de que vuelven al punto de partida.

* * *

Cuando la Oposición Comunista, inmediatamente de conocerse la convocatoria del Congreso del Partido, publicó su manifiesto denunciando a los militantes que se preparaba una farsa burocrática, pudo parecer nuestro juicio a algunos exagerado o prematuro. No lo era, y no se necesitaba ser adivino para establecer el pronóstico. Conocemos la mecánica interna del stalinismo y sabemos que toda su táctica está plenamente inspirada en maniobras y trámites burocráticos. Después de haber dejado pasar todo el

período culminante de la revolución española sin una reunión nacional para examinar los problemas que la misma planteaba, en quince días los dirigentes del Partido, ayudados por los de la Internacional, convocaron el Congreso. La celebración del Congreso ha evidenciado que la dirección no tenía el menor propósito de dotar al Partido de un programa; se quería solamente ahogar el verdadero examen de los problemas y aprovechar la ocasión para una campaña denigratoria contra el «trotskismo». Es cierto que la burocracia, con sus métodos, logra silenciar la crítica de la base, porque ésta está educada en una sumisión absoluta a las órdenes de «arriba». Pero no es menos cierto que con este sistema se fomenta el desaliento en los militantes. Y así la dirección ha evitado la verdadera crítica en el Congreso; pero no ha podido evitar que ahora con más intensidad que nunca se manifiesten los síntomas de descomposición en el Partido.

* * *

Los militantes ingenuos del Partido que hayan depositado toda su confianza para la solución de los problemas de su organización en la celebración del Congreso nacional de Sevilla, deben haber quedado después de éste un tanto perplejos. ¿Cuál ha sido el resultado práctico obtenido en él? Ahora más que nunca salta a la vista que tanto la carta abierta como el Congreso no han sido más que maniobras preparadas entre la dirección española y la Internacional para lograr que el equipo Bullejos-Adame-Pumarega ganase el prestigio y la autoridad que a consecuencia de su nefasta política había ya perdido entre la masa de los afiliados. Nada de crítica severa ni de trabajo constructivo; todo se ha limitado a un ataque desenfrenado contra el trotskismo y a tratar de inutilizar políticamente a los miembros del Partido que estaban en oposición con los dirigentes. El monólogo del equipo dirigente peligraba a consecuencia de la crítica de la base. El Congreso ha servido para asegurarles en el futuro la continuación del monólogo. A los militantes no se les ha dado en las células la posibilidad de prestar su colaboración en la elaboración de las normas políticas del Partido. En cambio, en el futuro se les pedirá un acatamiento absoluto a la política que establezca la dirección. Para un revolucionario consciente no hay disciplina que acatar cuando en la elaboración de los acuerdos políticos no se le ha dado la posibilidad de intervención. Así es como en la Internacional Comunista de Lenin y Trotsky se entendía la disciplina comunista. Lo demás es obediencia ciega y burocratismo.

* * *

Lo que más nos da idea de la degeneración que corroe a las secciones de la I. C. es el sistema de las rectificaciones políticas. Ya no puede caer más bajo ni la dignidad política ni la personal. En vida de Lenin, la libre discusión en el Partido estaba consentida. Se obligaba al acatamiento y ejecución de los acuerdos adoptados por la mayoría; pero no a una rectificación pública de la posición que dos horas antes se había mantenido. En el imperio de Stalin han variado las más elementales costumbres comunistas: se exige una disciplina de autómatas, de juguetes mecánicos. Ha desaparecido hasta el último vestigio de la democracia revolucionaria, y ésta se ha substituído por la fe ciega en los funcionarios. Y así ahora podemos presenciar en España el cómico espectáculo de ver a un Helios Gómez cualquiera flagelarse como el más fanático de los frailazos. Esto ya de por sí es verdaderamente monstruoso; pero lo es mucho más que se eduque a las nuevas generaciones de obreros revolucionarios en estos métodos. Produce verdadera consternación ver a jóvenes obreros revolucionarios abnegados y entusiastas acatando estas normas y elevándolas a la categoría de principios comunistas inmutables. Asistimos a la fosilización de los cerebros, llevada a cabo por los epígonos stalinianos. Las frases hechas, los lugares comunes, los valores convenidos son factores de contrarrevolución que fomentan en el movimiento comunista los bienaventurados servidores de Stalin.

* * *

También ha celebrado su Congreso regional la Federación Catalanobalear, que hace tiempo fué una organización comunista. En dicha asamblea se han recrudecido los ataques desenfrenados contra nosotros. Los maurinistas concentran todo el fuego contra la Izquierda Comunista, cuyas críticas, por lo visto, surten efectos en las filas bloquistas. Nos explicamos que su furor sea mayor contra nosotros que contra el Partido oficial. Esto demuestra una vez más que los ataques del stalinismo, que descansan sólo en el empleo de frases gruesas, sin demostración o análisis de los errores que se combaten, no causan mella. De este género son los ataques que el Partido ha dirigido al Bloque. Nosotros, por el contrario, nos hemos esforzado en todo momento por demostrar, a través de un análisis marxista y de su propia actuación y escritos, que el Bloque es una tendencia ajena al Comunismo. Y esto es precisamente lo que no pueden perdonarnos los dirigentes del maurinismo. La crítica marxista que contra ellos no ha sabido ejercer el Partido, la ha realizado la Oposición. Los insultos del Partido no hicieron más que agrupar a la base del Bloque en torno a sus dirigentes; la crítica fundamentada de la Oposición contribuye poderosamente a la separación de la base obrera de los dirigentes del

Bloque. Los ataques del maurinismo sirven para reafirmarnos en que hemos cumplido con nuestro deber al denunciarle como una tendencia anticomunista.

* * *

La Oposición Comunista (Izquierda Comunista de España) ha celebrado su tercera Conferencia nacional en los últimos días del pasado mes de marzo. No ha sido un «Congreso de masas», primeramente porque nuestra organización es numéricamente débil todavía, y en segundo lugar porque no teníamos el propósito de realizar ninguna maniobra. Fuera de todo intento espectacular, nuestra organización se ha reunido en comicio nacional para examinar los problemas que tiene planteados el proletariado español e intentar dar una solución a los mismos. Nuestra Asamblea se ha desarrollado, aunque modestamente, en un ambiente de absoluta democracia proletaria. Se han discutido todos los problemas con fervor e incluso pasión. Esto no ha impedido, sin embargo, que en todo momento prevaleciese una gran cordialidad, como corresponde entre camaradas. El más importante de los acuerdos recaídos puede decirse que es el consistente en dotar en lo sucesivo a nuestra organización de una mayor independencia política. Este cambio de conducta en la Oposición se deriva lógicamente del hecho evidente de la impotencia de los partidos comunistas oficiales para afrontar los problemas que el Comunismo en la hora actual tiene planteados. La Izquierda Comunista cometería un grave error histórico si en situaciones como la de España, en que a cada paso se observa la ausencia del Partido, dejase a la clase trabajadora desarmada y sin ofrecerse como guía en la lucha por sus reivindicaciones y por la revolución. Este es el único significado que tiene nuestro acuerdo respecto a una mayor independencia política de nuestra fracción en lo sucesivo. Las tesis y resoluciones aprobadas en nuestra Conferencia nacional constituyen una aportación marxista que ofrecemos a todo el proletariado español para hacer frente a los problemas que la revolución plantea. La Conferencia ha evidenciado también los extraordinarios progresos realizados en diez meses de existencia organizada. Pueden los stalinianos y bloquistas subestimar nuestra fuerza; los hechos se encargarán de demostrar la verdad.

* * *

Es evidente que el problema de más urgencia que tiene planteado el proletariado comunista español es el de su unificación. Conviene destacar las posiciones completamente diferentes que en

sus reuniones nacionales han adoptado las tres fracciones en que se divide el movimiento comunista español. El Partido no ha juzgado pertinente ni siquiera el mero examen de la cuestión. El Bloque Obrero y Campesino ha adoptado una posición que en el fondo es una nueva maniobra escisionista de sus dirigentes. Para los maurinistas, la única forma de hacer la unificación es ingresar todos en su organización. La Izquierda Comunista es la única fracción que desde el primer momento de la revolución española ha planteado de una manera sincera esta cuestión. Nuestra Conferencia nacional ha ratificado nuestro deseo de una verdadera unificación. La Izquierda Comunista no teme de ninguna manera la unificación, porque tiene una suprema confianza en la bondad revolucionaria de sus puntos de vista y sabe que ofreciendo la posibilidad de exponerlos todos los trabajadores comunistas terminarán por aceptarlos. Frente a las verdaderas maniobras escisionistas de los otros dos grupos, nosotros defendemos la verdadera unificación.

* * *

Cuando ya creíamos haber asistido a la muerte y sepelio de la Agrupación Comunista Autónoma de Madrid, nos enteramos de que el cadáver hace esfuerzos inauditos por resucitar. Muerta de aburrimiento en el período agudo de la revolución, intenta incorporarse aprovechando la descomposición que se exterioriza en las filas del Partido en Madrid y secundando la necesidad que Maurín siente de dar una extensión nacional a su Bloque Obrero y Campesino. En el curso del movimiento obrero nada hay tan peligroso como las organizaciones equívocas e intermedias, a semejanza de lo que fué y pretende ser la Agrupación Madrileña Autónoma. Afortunadamente, no hay lugar para ellas y están condenadas a naufragar. Mejor cabeza de ratón que cola de león suele ser el lema de sus dirigentes. Encontrando cerrado el acceso a la dirección del Partido oficial; temiendo «aislarse» militando en la Oposición, se esfuerzan por crear un movimiento que a manera de escaparate sirva para exhibir sus vanidades liderescas. A cambio de la disolución del grupo, algunos quisieron cotizar su ingreso en el Partido. El equipo dirigente les cerró el paso. Y por eso ahora no encuentran otra salida a su situación que intentar la resurrección. No negamos la posibilidad de que puedan englobar en las filas de su organismo a varias docenas de militantes; pero de lo que dudamos por completo es de que puedan dotar a su grupo de un programa político, que acierten a darle el contenido programático que toda organización política precisa para el desenvolvimiento de su actividad. Conociendo el fervor que por la unificación de

las fuerzas comunistas siente la masa obrera, procurarán hacer de la unidad el estandarte de su acción. Difícil es que puedan recoger a alguien para obtener éxito en su campaña. Por lo que a nosotros se refiere, nos negamos desde el primer momento a darles la menor beligerancia política. Nuestra posición no puede ser otra que la del combate encarnizado, porque así creemos rendir un gran servicio a las ideas comunistas en general. No hay más que dos actitudes: o resueltamente con el Partido oficial o decididamente al lado de la Oposición de Izquierda.

* * *

La soberbia de los funcionarios stalinianos españoles se ha visto ofendida en los últimos tiempos por las críticas de la base, y esto les ha servido para redoblar su odio y persecución contra los «trotskistas». Hasta nosotros han llegado amenazas de violencias físicas contra los oposicionistas. El mayor crimen que a los ojos del proletariado puede cometerse es emplear la violencia física en la lucha entre revolucionarios. Siempre denunciaremos estos métodos de lucha como el más infame de los crímenes. Ahora bien; también hemos de decir que los oposicionistas, como revolucionarios, no tenemos eso que se llama resignación cristiana. Somos guerreros de la lucha de clases y no místicos cristianos. Se puede tener la seguridad de que con una mejilla ofendida no ofreceremos la otra al castigo. Cuando lo hemos estimado de interés para nuestras ideas hemos sabido acudir a la violencia colectiva e individual. Estamos dispuestos a hacer lo mismo el día de mañana. Conocemos también a los que pueden ser los instigadores, si algunos actos llegan a cometerse. Nosotros estamos dispuestos en todo momento a evitar el más leve acto de violencia entre camaradas, que, aunque circunstancialmente discrepen, al fin y al cabo son camaradas. Nuestro mero deseo es poner sobre aviso por si la insensatez se impusiera a la cordura. Nos basta con este sencillo toque de atención para salvar ante la clase trabajadora nuestra responsabilidad. Es ella la que ha de juzgarnos y a cuyo veredicto en todo caso estamos dispuestos a someternos. Si la barbarie y el sectarismo staliniano son ciegos y en nada reparan, los oposicionistas no somos cristos dispuestos a dejarnos matar crucificados.

LOS PROBLEMAS SOBRE EL DESTINO DEL PROLETARIADO ALEMAN

Ante la enorme importancia, cada día mayor, de los acontecimientos políticos de Alemania, lo que se echa más de ver es el silencio que guarda la Internacional Comunista y sus diversas secciones. Los partidos comunistas parecen desinteresarse de una situación política como es la alemana, que tan fatales consecuencias puede tener para el curso de la revolución en Europa. Recientemente han celebrado sus Congresos nacionales dos partidos comunistas europeos: el francés y el español. En sus deliberaciones no ha ocupado ninguna atención la situación de Alemania.

Frente a esta conducta de la burocracia staliniana, la Oposición Comunista Internacional, representada por el camarada Trotsky, viene desde hace unos meses dedicando toda su actividad a estudiar la situación alemana y a señalar las consignas que conviene desarrollar en cada momento. La burocracia staliniana sólo habla para intentar cubrir de calumnias a Trotsky y a la Oposición de Izquierda. En los actuales momentos los funcionarios retribuídos del stalinismo baten un verdadero record en la calumnia y la infamia contra los oposicionistas. Por toda contestación, nosotros nos limitamos a reproducir los escritos de nuestro camarada para que, después, el propio curso de los acontecimientos se encargue de decir quién tiene la razón.

Nuestro querido camarada Trotsky ha publicado recientemente un extenso folleto titulado «¿Y ahora? Los problemas sobre el destino del proletariado alemán», que es un magnífico estudio sobre las cuestiones actuales de la revolución alemana. En breve aparecerá la edición española de este trabajo. Hoy sólo queremos adelantar a nuestros lectores el prólogo que Trotsky ha escrito para dicho folleto.

El capitalismo ruso se nos presentaba como el eslabón más débil de la cadena imperialista, a consecuencia de su retraso extraordinario. El capitalismo alemán se presenta en la crisis actual como el eslabón más débil sobre la base opuesta; es la base del capitalismo más desarrollado en las condiciones del atolladero europeo. A medida que es mayor la fuerza dinámica interna de las fuerzas de producción de Alemania, tanto más debe estrangularle el sistema de Estados de Europa, que se parece al *sistema* de la jaula de una casa de fieras reducida de provincias. Cada baja de coyuntura coloca al capitalismo alemán ante aquellas tareas que él había intentado resolver por medio de la guerra. Bajo el régimen de los Hohenzollern, la burguesía alemana fué conducida a «organizar Europa». Por el Gobierno Brüning-Curtis, ella emprende el ensayo... de unión aduanera con Austria. ¡Qué caída espantosa de las tareas de las posibilidades, de las perspectivas! Pero también debió renunciar a esta unión. Todo el sistema europeo descansa por entero sobre terreno movedizo. La grande, la saludable hegemonía de Francia, podría derrumbarse si algunos millones de austriacos se unieran a Alemania.

Para Europa, y ante todo para Alemania, no hay marcha adelante por el camino capitalista. Superar la crisis presente pasando a través de ella por el juego automático de las fuerzas del propio capitalismo sobre el cuerpo de los obreros, significaría el restablecimiento de todas las contradicciones en la próxima etapa, simplemente en una forma todavía más concentrada. El peso específico de Europa en la economía mundial no puede hacer más que decrecer. Del frente de Europa no desaparecerán ya las etiquetas americanas: Plan Dawes, Plan Young, moratoria Hoover. Europa está profundamente reducida a la ración norteamericana. La degeneración del capitalismo significa una degeneración social y cultural. El camino está cerrado a una diferenciación metódica de la nación: al crecimiento del proletariado a costa de la disminución de las clases medias. El mantenimiento ulterior de la crisis no puede significar más que depauperación de la pequeña burguesía y degeneración hacia el lumpeproletariado de capas cada vez mayores de la clase obrera. Más concretamente que en ningún otro sitio, este problema tiene acogotada a la progresiva Alemania.

La parte más degenerada de Europa capitalista está constituída por la burocracia socialdemócrata. Entró en el camino de la Historia bajo la bandera de Marx y Engels. Se planteó como fin la destrucción de la dominación burguesa. El poderoso esfuerzo del capitalismo se apoderó de ella y la arrastró a su remolque. Primero en los hechos, más tarde en las palabras, renunció a la revolución en nombre de las reformas. Es cierto que Kautsky prosiguió todavía durante algún tiempo empleando la fraseología revolucionaria, que él adaptaba a las necesidades del reformismo. Por el contrario, Bernstein exigía el renunciamiento a la revolución: el capitalismo representaba la época de la revolución pacífica, sin crisis y sin guerra. ¡Un modelo de profecía! Podía parecer que entre Kautsky y Bernstein existía una contradicción inconciliable. En realidad, se complétaban simétricamente el uno al otro, como la bota derecha y la bota izquierda del reformismo.

Estalla la guerra. La socialdemocracia apoyó la guerra en nombre de la prosperidad futura. En lugar de la prosperidad vino la decadencia. Entonces, la tarea no consistía en manera alguna en deducir de la insuficiencia del capitalismo la necesidad de la revolución, sino en reconciliar a los trabajadores con el capitalismo por medio de las reformas. La nueva política de la socialdemocracia consistía en salvar a la sociedad burguesa a costa de renunciar a las reformas. Pero tampoco esto fué la última etapa de la decadencia.

La crisis presente del capitalismo agonizante obliga a la socialdemocracia a renunciar a los frutos de la larga lucha económica y política y a llevar a los obreros alemanes al nivel de vida de sus padres, de sus abuelos y de sus tatarabuelos. No existe espectáculo histórico más trágico, y al mismo tiempo más repugnante, que la descomposición ruin del reformismo, en medio de los restos de todas sus conquistas y de todas sus esperanzas. El teatro busca el modernismo. Y, sin embargo, si hoy se representasen *Los tejedores*, de Hauptman, ésta sería la más actual de todas las obras. Pero el director de escena no tendría que olvidar colocar en primera fila a los directores de la socialdemocracia. Por otra parte, su pensamiento no está en los espectáculos: están reducidos al último límite de la capacidad de adaptación. Existe un nivel, bajo el cual la clase obrera de Alemania no puede dejarse reducir voluntariamente y durante largo tiempo. Pero el régimen burgués, al luchar por su existencia, no quiere reconocer este nivel. Los decretos leyes de Brüning son simplemente el comienzo para tantear el terreno. El régimen

de Brüning se mantiene gracias al apoyo pérfido y cobarde de la burocracia de la socialdemocracia, que, a su vez, se mantiene por la semiconfianza poco agradable de una parte del proletariado. El sistema de los decretos burocráticos es inestable, incierto, poco viable. El capital tiene necesidad de otro género de política, de una política decisiva. El apoyo de la socialdemocracia, que debe dirigir su mirada hacia los obreros que la siguen, es no sólo insuficiente para realizar sus fines, sino que comienza ya a oprimirla. El período de paliativos ha pasado ya. Para intentar encontrar una nueva salida, la burguesía debe de desembarazarse completamente de la presión de las organizaciones obreras, desviarse de ellas, destruirlas, dispersarlas.

Aquí comienza la función histórica del fascismo. Este pone en pie a esas clases que se erigen inmediatamente por encima del proletariado y temen ser precipitadas en sus filas. El fascismo organiza estas fuerzas, las militariza con los medios del capital financiero, las cubre con el manto del Estado oficial y las orienta hacia la destrucción de las organizaciones proletarias, desde las más revolucionarias a las más conformistas. El fascismo no es simplemente un sistema de represión, de actos de fuerza y de terror policíaco. El fascismo es un sistema de Estado particular fundado en la exterminación de todos los elementos de la democracia proletaria en la sociedad burguesa. El objetivo del fascismo no consiste sólo en romper la vanguardia del proletariado, sino también en mantener a toda la clase en un estado de fragmentación forzosa. Por eso, la exterminación física de la clase obrera más revolucionaria es insuficiente. Esto quiere decir destruir todas las organizaciones autónomas y voluntarias; aniquilar todos los puntos de apoyo del proletariado y exterminar los resultados del trabajo de tres cuartos de siglo de la socialdemocracia y de los Sindicatos. Hay que tener en cuenta que sobre este trabajo se apoya también en última instancia el Partido Comunista.

La socialdemocracia ha preparado todas las condiciones para la victoria del fascismo; pero, a su vez, ha preparado también las condiciones para su propia liquidación política. Conceder a la socialdemocracia la responsabilidad de los decretos leyes de Brüning y de la amenazadora barbarie fascista, es completamente justo. Identificar la socialdemocracia con el fascismo es completamente insensato. Por su política durante la revolución de 1848, la burguesía liberal preparó la victoria de la contrarrevolución, puesto que condenó al liberalismo a la impotencia. Marx y Engels fustigaron a la burguesía liberal alemana, no menos mordazmente que Lassalle, y mucho más profundamente que él. Pero mientras que los lassallianos englobaron la contrarrevolución feudal y a la burguesía liberal en una «masa reaccionaria», Marx y Engels se alzaron de una manera mucho más justificada contra este falso ultrarradicalismo. La posición errónea de los lassallianos hizo de ellos, de una manera accidental, cómplices involuntarios de la monarquía, a pesar del carácter progresivo de su obra, extraordinariamente seria e importante, contra el liberalismo.

La teoría del socialfascismo reproduce la falta esencial de los lassallianos sobre nuevas bases históricas; al mismo tiempo que une a los nacionalsocialistas y a los socialdemócratas en una masa fascista, la burocracia staliniana hace más profundo el error, como, por ejemplo, al prestar su apoyo al plebiscito hitleriano: no hay ninguna diferencia entre esto y las combinaciones lassallianas con Bismarck. En su lucha contra la socialdemocracia, el comunismo alemán debe apoyarse, en la etapa actual, en dos bases inseparables: *a*) la responsabilidad política que tiene la socialdemocracia en la fuerza del fascismo; *b*) la inconciliación absoluta entre el fascismo y aquellas organizaciones obreras por las cuales se sostiene la socialdemocracia.

Las contradicciones del capitalismo alemán en el momento actual han alcanzado tal tensión, que hacen inevitable el estallido. La capacidad de adaptación de la socialdemocracia ha llegado ya al límite más allá del cual se produce la autodestrucción. Las faltas de la burocracia staliniana han alcanzado el punto después del cual viene la catástrofe. Esta es la fórmula, en sus tres aspectos, que caracteriza la situación en Alemania. La situación está pendiente de un hilo.

Cuando se sigue la vida de Alemania a través del retraso de una semana por correo, y cuando los manuscritos exigen otra semana para recorrer la distancia de Constantinopla a Berlín, y pasan todavía semanas antes de que el trabajo llegue a manos del lector, no puede uno por menos de decir involuntariamente: ¿no será ya demasiado tarde? Y cada vez nos respondemos: no. Los ejércitos en línea de combate son demasiado poderosos para que una determinación única, fulminante, sea de temer. Las fuerzas del proletariado alemán no están agotadas. Podemos decir que ni siquiera se han puesto en movimiento. La lógica de los hechos hablará cada día más amargamente. Esto justifica la tentativa del autor de aportar su trabajo, incluso con un retraso de varias semanas, es decir, de toda una época histórica.

La burocracia staliniana ha descubierto que ella podría realizar su trabajo más tranquilamente si el autor de estas líneas continuaba en Prinkipo. Ha obtenido del Gobierno del socialdemócrata Müller la negativa para el visado del *menchevique*. El frente único se ha realizado en este caso sin desviaciones ni pérdidas de tiempo. Ahora los stalinianos anuncian en las publicaciones soviéticas oficiales que yo *defiendo* al Gobierno de Brüning, de acuerdo con la socialdemocracia, que hace todo lo posible para concederme el derecho de entrada en Alemania. En lugar de indignarnos por esta bajeza, no podemos por menos de reirnos de semejante tontería; pero nuestra risa será breve, porque queda poco tiempo.

Que los acontecimientos nos darán la razón, no cabe la menor duda. Pero ¿por qué caminos nos lo demostrará la Historia? ¿Por la catástrofe de la fracción staliniana, o por la victoria de la política marxista? Ahí está el nudo de toda la cuestión; ahí está la suerte del pueblo alemán. Y no sólo del pueblo alemán.

L. TROTSKY.

Prinkipo, 27 enero 1932.

El resultado de las elecciones alemanas

Para un revolucionario sincero no hay mayor dolor que tener que reconocer que un pronóstico pesimista sobre la situación política es confirmado por los hechos. Y los acontecimientos han confirmado una vez más que todo lo que la Oposición de Izquierda ha dicho respecto a la situación alemana y a los peligros que se ciernen sobre el comunismo se ha confirmado. De poco servirá que la burocracia staliniana, más atenta a la conservación de su «prestigio» que a la realidad revolucionaria, intenta hacer juegos malabares con las estadísticas electorales. La verdad es ésta: el Partido Comunista alemán ha perdido más de 1.200.000 votos y el hitlerismo sigue ganando fuerzas. Esto no puede de ninguna manera conducirnos a un exacerbado pesimismo. Trotsky ha dicho muy recientemente: «Mienten los que dicen que la situación es desesperada. Los pesimistas y los escépticos deben ser expulsados de las filas proletarias como la peste. Las fuerzas internas del proletariado alemán son inagotables. Ellas se abrirán camino.»

Pero si no puede conducirnos al pesimismo sí debe convencernos de la imprescindible necesidad de luchar contra la criminal política de la Internacional Comunista en Alemania. La Oposición ha repetido una y otra vez: la clave de la situación internacional está actualmente en Alemania; toda la atención de la Internacional debe estar allí concentrada. Sin embargo, el organismo del proletariado internacional permanece mudo, no reconoce esta verdad; sólo está atento a la construcción del socialismo en un solo país. Si en el período culminante de la revolución española, la *Pravda* pudo escribir: «Los movimientos en España pueden provocar convulsiones en toda Europa, lo que dañaría grandemente el desarrollo del Plan quinquenal...», ahora la burocracia staliniana piensa lo mismo con respecto a la situación alemana, aunque no lo declare públicamente. Si no, ¿cómo puede explicarse la ausencia absoluta de la Internacional en los acontecimientos alemanes? En la Internacional de Lenin y Trotsky cuando surgían acontecimientos políticos, incluso de menos importancia que los actuales de Alemania, se reunían plenos mundiales para examinarlos y aportar soluciones. La Internacional de Stalin permanece muda ante ellos.

¿Cómo los obreros, muchos de los cuales tienen un pasado de luchas gloriosas, han podido preferir al mariscal, un enemigo encarnizado, al candidato de un partido de trabajadores? ¿Cómo entre los obreros, que tienen una conciencia de clase, y el Partido Comunista, que concreta las aspiraciones históricas del proletariado, existe un abismo tan profundo? Estas cuestiones deben preocupar profundamente a todo comunista que tenga noción de sus responsabilidades y que ante el peligro no practique la política del avestruz. No puede hablarse de maniobra de los jefes socialdemócratas; al contrario, la tensión de la situación los ha empujado a sostener a Hindenburg para defender a su manera los intereses de la burguesía. La causa del fracaso del P. C. es su política, que le ha aislado de todo lo que no es comunista, o simpatizante de un modo general, y que ha dirigido contra él a las masas socialdemócratas. Una acción como la participación, en agosto de 1931, en el plebiscito prusiano, juntamente con los fascistas, ha quedado profundamente grabado en los cerebros de los obreros socialdemócratas. Los obreros socialdemócratas, que han visto sin comprender, hace algunos meses, al P. C. votar con los hitlerianos, se han dejado arrastrar por la teoría del «mal menor» y han tomado a Hindenburg por un «mal menor» que Thaelman.

Actualmente el mayor mal es la política centrista. Debe ser barrida sin tardar. Para abatir el fascismo, la realización urgente del frente único proletario es una necesidad. La política del «frente único por la base» acaba de producir su fruto más amargo. Perseverar en ello es ir a la catástrofe, a la victoria del fascismo, a un fracaso inconmensurable para la revolución mundial. En toda la I. C. los trabajadores deben ponerse en pie para imponer un verdadero viraje. Los burócratas, prisioneros de sus mentiras, de sus teorías erróneas y de sus fracasos, redoblan su fuego contra la Oposición de Izquierda, que traza el camino al Partido. Gritos e injurias se han empleado desde hace años contra todo y todo el mundo. Esto no ha reforzado el Partido; pero la política errónea de los centristas ha originado fracasos.

La Oposición Comunista de Izquierda ha formulado ya la política que ella entiende debe llevarse a cabo en la actual situación política de Alemania. Esta consiste: retorno a la escuela estratégica de los cuatro primeros Congresos de la I. C., renunciamiento al ultimatismo hacia las organizaciones obreras de masas; la dirección comunista no puede ser impuesta, sino que hay que conquistarla; renunciamiento a la teoría del socialfascismo, que ayuda a la socialdemocracia y al fascismo; utilización perseverante del antagonismo entre la socialdemocracia y el fascismo: *a*) Con el fin de una mayor eficacia de la lucha contra el fascismo; *b*) con el fin de oponer a los obreros socialdemócratas a la dirección reformista.

Nuestro camarada León Trotsky, al formular estos puntos, agrega: «No son los principios de la democracia formal el criterio para nosotros de apreciación de los cambios de los regímenes de la dominación burguesa, sino los intereses vitales de la democracia proletaria. ¡Ni apoyo directo ni apoyo indirecto al régimen Brüning! Defensa decidida y heroica de las organizaciones proletarias contra el fascismo. «¡Clase contra clase!» Esto significa: todas las organizaciones del proletariado deben ocupar su puesto en el frente único contra la burguesía. El programa práctico del frente único está determinado entre organizaciones por los acuerdos establecidos ante los ojos de las masas. Cada organización sigue bajo su bandera y bajo su dirección. Cada organización observa en la acción la disciplina del frente único. «¡Clase contra clase!» Es necesario llevar a cabo incansablemente una agitación para que las organizaciones socialdemócratas y los sindicatos reformistas rompan con sus aliados burgueses pérfidos del «frente de hierro» y para que se pongan en la fila común de las organizaciones comunistas y de todas las otras organizaciones del proletariado. «¡Clase contra clase!» Propaganda y preparación organizativa de los *Soviets obreros* como forma suprema de frente único proletario.»

El tiempo urge porque el hitlerismo avanza. El triunfo del fascismo en Alemania es la destrucción del movimiento obrero, es el ataque contra la Unión Soviética, es la reacción en toda Europa. La Internacional Comunista con su política nefasta alimenta estos peligros. Hay que imponer un fundamental viraje antes de que el fascismo acogote físicamente al proletariado alemán.

ANDRÉS HURTADO.

A la Izquierda Comunista por el Partido

En estos últimos meses la dirección del Partido oficial ha llegado a la cumbre de sus desatinos en su política inconsciente de divorciarse más cada vez de las masas obreras. Simultáneamente con el desarrollo de esta «política» de aventurerismo, de algarada y demagogia desenfrenada, de insultos a granel, de escisión a todo trapo, de repulsión de la masa de la C. N. T., aunque se haga el propósito puramente «formal», en llamamientos vacíos, de atraer a esa misma masa, previamente repelida, junto a consignas justas (frente único y unidad sindical) presentadas de una manera falsa, como maniobras—hasta el extremo de que Lozovski ha tenido que advertir que no se trataba de un truco—; al lado de esta incapacidad manifiesta de los burócratas dirigentes del Partido, dentro de éste se ha establecido un régimen que califican de «disciplina de hierro», pero que no es otra cosa que la tan «celebrada» ley del embudo, de plena irresponsabilidad. La tal disciplina de hierro (¡cómo se desvirtúan las frases!) consiste en hallar bien todo lo que viene de *arriba*, obedecer pasivamente y cargar con las responsabilidades por los *errores* de los «jefes». Disciplina *petrificada*, no de hierro, la llamaríamos nosotros.

En tales condiciones, la carta abierta de la I. C. ante el IV Congreso del Partido ha venido a restablecer el «principio de autoridad» de una autoridad desprestigiada, y el desarrollo y resultado de las sesiones del Congreso de Sevilla han realizado «felizmente» la maniobra iniciada con la ya famosa carta abierta. Indudablemente, los errores de los dirigentes del Partido oficial provienen de la dirección del Kominter. No les concierne, en realidad, más que la responsabilidad de meros ejecutores de los designios zigzagueantes del C. E. de la I. C. Basta citar hechos recientes en apoyo de lo que llevamos afirmado.

El mitin frustrado del 8 de enero, en Madrid, para protestar contra la actuación criminal de la Guardia civil (asesinatos de Arnedo, etcétera). A las inmediaciones del salón Atocha concurrió una gran masa de obreros, que tuvo que disolverse, después de un buen rato de espera, sin que apareciese por aquel lugar ninguno de los «jefes» que habían de dirigir la palabra al auditorio convocado. Ni el mismo órgano del Partido puso en claro la causa de la no celebración del acto. Alternativamente se hablaba de pretextos formularios de la Dirección de Seguridad para no conceder la autorización y de que a última hora el que ofreció el local no fué hallado (*Mundo Proletario*, número 10).

Al día siguiente se había de organizar una manifestación monstruo, que debía partir de Cibeles. A la hora fijada estaban estacionados grupos importantes de obreros alrededor de la plaza; pero la carencia absoluta de organización, el abandono de la masa, el lugar poco propicio de concentración desde todos los puntos de vista (ni elegido por el enemigo podía ser peor), frustraron todo intento serio de manifestación. Los obreros congregados censuraban con acritud esta desorganización del Partido, más acentuadamente que el día anterior. Sin embargo, uno y otro día no faltaron las algaradas de insignificantes grupitos descoyuntados de incondicionales, que sin

duda habían recibido la orden de gritar y hacer correr a los guardias de asalto, ganándose inútilmente algunos porrazos, pues la manifestación había sido malograda por sus propios «organizadores». *La Bandera Roja* del 11 se hacía lenguas de la manifestación (no había sido una manifestación de estilo «clásico», pero millares de obreros...). Más tarde se reconoció, «en familia», que había fracasado, y se descargó la culpa sobre la base.

La huelga general y la insurrección parcial del 21 de enero en la comarca del Cardoner y del Alto Llobregat casi es silenciada por los liderillos del Partido oficial, y en su lugar se cantan los éxitos del Partido con su actuación extemporánea del 25-26. La combatividad de los obreros catalanes (Figols, etc.) es un tanto que se apunta el Partido. La acción putchista se carga a los anarquistas, y al mismo tiempo se acusa a los de la F. A. I. de capitular cobardemente (resolución del pleno del Comité Central sobre la situación política, etc.). ¿Puede esto producir otro resultado que el apartamiento de las masas de un partido que más que partido parece una agencia de autobombo?

En primer término, al producirse el levantamiento del Cardoner y del Alto Llobregat había que adelantar la huelga general, por solidaridad, todo lo más posible, y no permanecer impertérritos hasta el 25-26, como si no hubiese pasado nada. Así se hubiera procedido de estar más atentos a los intereses de la clase obrera que a la mezquindad de acaudillar «victorias» en el papel impreso. En segundo lugar, la combatividad, la acción putchista y la capitulación, no cobarde, sino fatal por carencia de plan, forman un todo en el que podremos encontrar aspectos buenos y malos; pero nada nos autoriza a apropiarnos lo bueno como de nuestra inspiración. En tercer lugar, no hay putch, porque han participado las masas. Hay una *insurrección parcial*, como, por ejemplo, la de Villanueva de Córdoba y otras, sólo que esta vez más amplia. Estas insurrecciones parciales se repetirán y no indican más que la debilidad orgánica de la clase obrera y la carencia de un verdadero partido comunista, al mismo tiempo que la desesperación de las masas crece.

Nuestro camarada Nin, en su folletito *La huelga general de enero y sus enseñanzas*, ha hecho un estudio muy justo de este movimiento de importancia excepcional, pese a su desarrollo caótico. Con ese trabajo Nin ha suplido la incomprensión de los dirigentes del Partido oficial y ha deducido enseñanzas para una futura acción práctica que atraerá hacia el comunismo a una gran parte de la masa de la C. N. T., que repudia al Partido oficial por sus injurias y su táctica descabellada.

Nada hay que poner en claro de la funesta política de escisión sindical llevada a cabo por el C. N. de reconstrucción. Este asunto, aunque ya viejo, siempre es nuevo y muy actual. Sólo cabe preguntar cómo un Comité de escisión puede transformarse en Comité de *unidad*. El consejo es de la I. C. y data de mayo de 1931; pero es tan difícil esta prestidigitación que hasta la fecha la metamorfosis no ha tenido lugar. Sin embargo, no se abandona el fatal propósito.

No están lejanas tampoco aquellas campañas de *Mundo Obrero* en que cada día aparecía un nuevo jefe de la contrarrevolución inminente. Hoy, Lerroux «Bonaparte»; mañana, Maura; pasado mañana, Ortega y Gasset, y al otro, Sanjurjo, y, por fin, todos juntos, sembrando una confusión en los cerebros obreros que ha hecho época. En *La Palabra* se anunció sensacionalmente la contrarrevolución para el 5 de marzo. ¡Y lo peor que le puede ocurrir a un partido!

No hay quien dé crédito a sus descubrimientos, coreados con un criterio histérico, ultrademagógico. Por todas partes asoma el «bluff».

Apresurémonos a dejar bien sentado que esto es obra únicamente de la dirección, que la base ha cumplido bien, que actúa con entusiasmo y que, a pesar del abandono ideológico en que está sumida por los «jefes», si no ha puesto coto a tanta insania, se debe a la estrangulación de toda crítica, a la negación del discernimiento, como no sea para «interpretar» las circulares del Ejecutivo en cuanto a su aplicación. Este último dice a la base: ¿Quieres pensar? Bien; interpreta mis *revelaciones*. Y, claro, las revelaciones son infalibles. Por ejemplo: el 5 de marzo debía dar un golpe la contrarrevolución y no lo dió. Pero, ¡ah!, no lo dió porque lo denunció *La Palabra*, etc. Esto se explica por haberse modificado la correlación de las fuerzas en presencia, en vista de la actitud de nuestro órgano *simpatizante*. Bueno; en este caso no se necesita reivindicar la infalibilidad; *se trata de un organillo simpatizante y puede uno lavarse las manos*.

Como coronamiento de esta obra *maestra* de agitación dispersiva el Congreso de «bolchevización» reafirma el aparato burocrático, termina el proceso de dispersión en Madrid, ahoga las tímidas críticas de las federaciones con una presión «fabricada», se acusa de «trotskismo contrarrevolucionario» (hasta por equivocación a un adicto 100 por 100 le cae la rociada) a diestro y siniestro. Y el Partido, «fortalecido» por la autocrítica burocrática, pero minado por la desorientación y la irresponsabilidad—a tanto equivale el fortalecimiento de los burócratas—, se apresta a penetrar en la vía de la degeneración y del decrecimiento progresivos.

Aquí se revela bien claramente la culpabilidad de la fracción stalinista que dirige la I. C. Porque no sólo en España se notan los efectos de la nefanda política centrista: en todo el mundo, y en especial en Alemania, por su situación gravísima, hace estragos aún mayores. En Alemania se capitula ante el fascismo hitleriano. Se desdeñan las enseñanzas de Lenin, generalizadas en *La enfermedad infantil del comunismo*; se hace caso omiso de las experiencias de la revolución rusa; se injuria con la teoría del socialfascismo, que no puede comprender la masa de obreros socialdemócratas, teoría falsa que confunde la significación del fascismo; se sabotea todo frente único de lucha práctica, sacrificándolo a un frente único rojo sin eficacia, porque aparece bajo la dirección indiscutible del P. C. A., y antes es necesario convencer a las grandes masas no afectas al Partido y que no comprenden una política que las rechaza y que torpemente robustece a Hitler.

Trotsky y la Oposición de Izquierda se lanzan con todos sus bríos a salvar al Partido y a la Internacional. Sus folletos para España y Alemania señalan la política justa. El fascismo en Alemania produciría rápidamente su homónimo en España. La U. R. S. S. recibiría un golpe rudo y la Internacional quedaría arrumbada. La guerra contra la U. R. S. S. se haría inminente, en condiciones bastante favorables al capitalismo internacional.

Pero la clase obrera alemana sabrá hacer su frente único siguiendo las inspiraciones de Trotsky.

El porvenir del comunismo en España está también en la Izquierda Comunista, que, siguiendo fielmente a Lenin, se atrae las simpatías de las masas.

Por eso formamos en la Izquierda Comunista, para luchar por el gran Partido Comunista unificado y por la revolución proletaria.

ARLEN.

El IV Congreso del Partido Comunista Español

La Internacional Comunista nos ha dado muchos informes y cifras sobre la agravación de la crisis mundial del capitalismo; pero al mismo tiempo su papel en el desarrollo de la revolución española nos ha demostrado que no es lo principal el que el enemigo sea débil. También la dirección de nuestro Partido ha hablado mucho de la bancarrota del capitalismo; pero esto no obsta para que haya ido a la cola de los acontecimientos. Dentro de esta crisis mundial los acontecimientos de nuestro país han hecho que se señalara a España como «el eslabón más débil de la cadena del capitalismo mundial». La crisis ha repercutido aquí desde sus comienzos y se ha transformado en crisis política con más rapidez y más intensidad que en parte alguna. Nuestro Partido Comunista tenía ante sí unas tareas enormes: le tocaba iniciar la lucha en la primera brecha abierta por la crisis actual en el muro sinuoso del capitalismo. Pero la realidad ha sido muy distinta.

Los primeros hechos de la revolución española pusieron al descubierto no sólo la incapacidad de los dirigentes del P. C. E., sino la total despreocupación de la I. C. por los acontecimientos de España. Después ha habido motivos sobrados para convencerse de que no se trataba simplemente de incapacidad y de despreocupación.

Ante todo, la fracción centrista ha dirigido al P. sin una verdadera línea política. Ha llevado en la Prensa una serie de campañas que si no eran provocadas por un Maura, como la del peligro monárquico (agosto de 1931), defendían los intereses de los sargentos, a quien el periódico llamaba «proletarios uniformados». Agrupar a Maura, Sanjurjo, Lerroux, al clero, a los monárquicos, etc., etc., en un bloqueo reaccionario feudal-monárquico-burgués, que prepara en la sombra un golpe de no sabemos qué color político; calificar de socialfascistas y anarco-traidores a estos dos núcleos que tienen en sus manos a masas obreras de España.

Esta ha sido la política del P. Todo el confusionismo de estas consignas ha logrado poner en dispersión la enorme simpatía de la masa obrera por el comunismo. Estamos sufriendo la experiencia de lo que es un partido comunista sin una línea política firme. Esta desorientación política y el escisionismo aventurero de la fracción centrista entre las masas tenía que traducirse en una inquietud en la base del Partido, a la que llegaban continuamente obreros revolucionarios. Se pretendía fosilizar la organización del Partido con consignas como la de Comités de fábrica, de la que los camaradas no sabían más que el nombre. Naturalmente, no es posible formar estos Comités sin que los obreros vean la necesidad de constituirlos, para lo cual lo más necesario eran las campañas intensas del Partido orientadas a este fin concreto. Invitar, sin esto, a la base del Partido a constituir Comités en todas las fábricas era colocarla ante un muro, y condenarlos al fracaso allí donde nacieran (Comercial del Hierro).

La inquietud de la base del Partido ante el IV Congreso era grande. Se daba cuenta de que el P. C. debía ser distinto de como era. Añádase a esto el aplazamiento durante ocho meses (ocho meses de

situación revolucionaria) del Congreso del P., señalado primeramente para junio del 31. En estas condiciones llegó la carta de la I. C., que daba como inmediata la celebración del Congreso.

La carta apareció en ese momento ante la base como la ayuda de la I. C. para sacar al P. de la situación en que el grupo dirigente le tenía. En realidad, la carta y la posición de la I. C. era, ante todo, un intento para descargarse de la responsabilidad que les cabía en los errores y fracasos del P., alegando que «en estos últimos años hemos tenido que luchar sistemática y tenazmente por el enderezamiento de la línea del P., etc.». Pero, aun prescindiendo de esta falsedad, esto no libraría a la I. C. de los errores «sistemáticos y tenaces» de una dirección puesta y sostenida por ella.

La carta—pasemos por alto los manejos de la dirección a este respecto—abrió el período de discusión del Congreso, y el Partido, sobre todo en Madrid, adoptó esta posición: con la I. C. y contra la dirección de nuestro Partido. Algunas células pidieron la destitución inmediata del C. Ejecutivo; un radio, el Este, aprobó que ningún miembro del C. E. pudiera ser reelegido en el Congreso de Sevilla; en fin, la primera votación del regional de Madrid fue para arrojar al turno de discusión al delegado del C. Central. Los camaradas de Madrid que se situaron sobre la base de la carta no se dieron entonces cuenta, y no se la han dado aún, que se emplazaron en terreno movedizo. El primer ejemplo de esto es el siguiente: la Comisión que redactó la ponencia de Madrid fué amonestada por un delegado de la I. C., por su acuerdo de limitar el uso de la palabra al delegado del C. Central. Los de la Comisión—a espaldas de los demás delegados—reconocieron que aquello había sido «un acto de indisciplina». En realidad, todo el Congreso ha sido una prueba de que la carta venía, no a hacer caer al grupo escisionista que dirige el Partido, sino a apuntalarle. Los camaradas han tomado la autocrítica burocrática de la carta por una verdadera autocrítica revolucionaria. La autocrítica burocrática, como es un reconocimiento formal de los errores, se resuelve también con una rectificación formal de los culpables, y, en fin de cuentas, es un arma contra la autocrítica revolucionaria. Y esto es todo lo ocurrido. El grupo Bullejos... ha sacado de la carta de la I. C. fuerzas para su ofensiva. Señalemos las dos notas principales, que demuestran lo dicho anteriormente, y alrededor de las cuales ha girado la discusión del Congreso:

1.° La carta de la I. C. evita, en lo posible, hacer recaer la responsabilidad de lo ocurrido sobre la dirección; siempre procura hacerla extensiva a la generalidad del P. La vaguedad, intencionada, de la carta en este punto ha dado lugar a la discusión que ha surgido en todas las sesiones del Congreso, y que ha puesto claramente de manifiesto la enfermedad del P. El grupo de la dirección y sus incondicionales han mantenido el ataque contra los delegados que traían la mínima protesta, diciendo que las faltas no eran de la dirección, sino de la base; que la base no ha cumplido—sobre todo en Madrid—las circulares y mandatos de la dirección, etc., etc. Este duelo entre la base y la dirección indica claramente el pleito que se ha ventilado en el Congreso. El Congreso no ha sido para modificar la política y táctica del P. con el trabajo de los delegados; no ha sido para discutir libremente entre camaradas la manera de ganarse la confianza de las masas obreras y de dirigirlas a la revolución; allí se ha ventilado sobre todo la estabilidad de una dirección que carecía de la confianza de la base del P. y de la masa obrera. Esta discusión revela, además, el grado de inmoralidad del grupo centrista. Han culpado a la base del P. de los errores y del retraso del P. Por este camino, mañana culparán a la masa obrera de no haber realizado la revolución en España.

2.° El ataque contra el «trotskismo contrarrevolucionario», pedido por la carta, ha sido y sigue siendo el arma que la I. C. pone en manos de sus agentes fieles para que se defiendan de los ataques de la base del P. Los camaradas que hayan visto cómo se ha echado mano de este recurso en todo momento y contra cualquier camarada que se levantaba a hablar; los que hayan visto cómo cada camarada, antes de hablar, se veía obligado a confesarse ajeno y enemigo del trotskismo; los que hayan visto el ambiente del Congreso envenenado por la dirección con el pretexto del peligro trotskista; toda esta gran cantidad de camaradas que hablaban del abuso que se hacía en el Congreso del recurso del trotskismo, deben convencerse que la fracción centrista española se limita en este sentido a cumplir las consignas de la I. C., deben convencerse, además, de que la lucha contra el trotskismo no es la lucha contra los comunistas expulsados del P. y que constituyen la Izquierda Comunista, sino la lucha de un núcleo de dirigentes burócratas contra toda la parte de la base del P. que quiera una verdadera democracia revolucionaria en el seno de la organización comunista. La dirección española no ha abusado del recurso del trotskismo, sino que le ha cabido el honor de comenzar a llevar a la práctica la nueva intensificación de la campaña contra el trotskismo preconizada por Stalin.

La gravedad de la situación internacional ha puesto al descubierto el lastre de los partidos comunistas, y en este sentido, de acuerdo con el desarrollo revolucionario de España, ha sido aquí donde el lastre de la burocracia centrista se ha desenmascarado más. Nuestro P. ha tenido su IV Congreso después de haber recorrido una larga etapa revolucionaria con campañas demagógicas, con una política escisionista, con una táctica de mera ostentación, y durante la cual no sólo no ha organizado en su seno nada práctico, sino que ha saboteado las tareas difíciles como el Frente rojo, las Milicias revolucionarias, etc. El divorcio entre el P. y las masas se reflejaba en el seno del Partido por el descontento de la base hacia la política de la dirección. Este pleito es el que ha ido al Congreso, donde, con la ayuda de la I. C., se ha resuelto a favor de la dirección.

Las consecuencias de esto serán funestas para la revolución y para el Partido. La I. C. ha consentido el vergonzoso espectáculo del Congreso de Sevilla, donde el grupo de la dirección, apoyándose en el caudillaje que tienen sobre la masa obrera de Sevilla, ha hecho imposible la discusión. La I. C. ha apoyado todos los manejos demagógicos de la dirección del P. La I. C. apoya decididamente a la fracción que dirige el P. C. E.; pero en las condiciones actuales de España éste es un recurso alarmante. La I. C. sabe que hacer esto equivale a Mantener al P. alejado de las masas y al margen de la revolución, y, sin embargo, la I. C. ha dejado su prestigio en manos de este grupo desprestigiado por la experiencia de las luchas pasadas, y que tendrá que *resistir* la experiencia de las nuevas luchas próximas. La gravedad de esta aventura de la burocracia de la Internacional en el Congreso del Partido Comunista Español debe ser estudiada por la Izquierda Comunista, que lucha por el prestigio del comunismo entre las masas obreras.

MARINO VELA.

DOS EXPULSIONES DEL P. C. E. "EJEMPLARES"

No es necesario, ni posible en el margen de este artículo, especificar todas las causas de la expulsión de Curiel y mía del P. C. Principalmente ha sido debida a nuestra actuación en la célula, adonde hemos llevado a discusión las graves faltas de la dirección del Partido y donde se han tomado resoluciones que han herido «la autoridad» de la fracción dirigente. Baste recordar que mi última proposición, adoptada por unanimidad en la célula, estaba en manos de Bullejos en el momento en que comparecíamos ante la Comisión de Control y ésta confeccionaba el pastel de la «fracción trotskista». Se comenzó a llamarme trotskista apenas llegado a Madrid por plantear la cuestión del Congreso. Se me expulsó del C. E. del S. R. I. por mi labor «fraccional» trotskista. Poco importa a esto que las «pruebas» de mi labor fraccional se refieran a hechos posteriores a esta fecha. Si se ha decidido nuestra expulsión ha sido por nuestra actividad en la discusión de la Carta. Nuestra célula fué la primera que discutió la Carta; preguntada después oficiosamente si creía disciplinado discutir un documento antes de ser dado «oficialmente» por el C. E., contestó que sí. Ya se sabe a lo que se redujo la discusión de la carta en Madrid; primero se comunicó que no se podía discutir hasta que se diera oficialmente, y una vez dada oficialmente se ordenó que había que esperar a que Bullejos la interpretara en el Teatro Maravillas. Sabemos igualmente en qué consistió la interpretación de Bullejos: en hablar del «infantilismo» de los que reducían la orientación de la carta al cambio de las personas de la dirección del P.

Pero descubramos las habilidades policíacas de nuestra fracción dirigente. A últimos de enero, Labrador, bastante relacionado conmigo, nos propuso a Curiel y a mí tomar café juntos para charlar de los problemas del P. El mismo hizo esta invitación a otros camaradas que, juntos, tomamos café y discutimos, sobre todo, la consigna de dictadura del proletariado. Solamente Curiel y yo éramos partidarios de esta consigna. En el curso de aquella discusión Labrador habló a quemarropa de labor fraccional, y yo le salí al paso (afortunadamente hay testigos de esto en el Partido) diciéndole que una cosa era una discusión entre camaradas y otra muy distinta una fracción. (Entonces tenía yo la opinión de que una fracción era un acto de indisciplina, contrario a la vida del Partido; hoy, por el contrario, pienso que la salvación del comunismo está en el trabajo de la fracción de izquierda.) El mismo Labrador habló de invitar a más camaradas, de tomar café juntos y discutir todos los domingos que pudiéramos. Dijo que invitaría a L. Santiago, el que no vino (según Labrador) por no abandonar su peña de café. La Comisión de Control, que dice que se invitó a Santiago a formar parte de la fracción trotskista, puede confirmar que este camarada unos días antes había discutido conmigo, manifestándose en absoluto conforme con la política de la fracción y llamando a Bullejos el único valor político del P. C. E. En estas condiciones, ¿puede pensarse que yo viera en L. Santiago un camarada capaz de entrar en la fracción? Otro domingo se habló del punto de vista de Trotsky y respecto a la lucha contra el fascismo en Alemania. Curiel y yo encontrábamos acertado esto y creíamos que el P. C. alemán lo tomaría en cuenta. Desconocíamos al afirmar esto hasta qué extremo tiene la burocracia de los partidos atadas las manos, sobre todo en aquellos puntos en que la Oposición de Izquierda ha tomado posición. Los demás camaradas ya sabían más de disciplina porque aun comprendiendo el punto de vista de Trotsky... no podían aceptarle.

Esta ha sido la original fracción trotskista dentro del P. C. E., con su plataforma, sus relaciones con otros regionales, sus candidatos al Comité Central, etc., etc.

He aquí la verdad de todo esto: debíamos ser expulsados del Partido, y el C. E. no vaciló en cuanto al procedimiento. Buscó un «agente provocador» y encontró un elemento que, por su afición a la intriga y por su falta de fe revolucionaria, Labrador, ha nacido para estos servicios. Este, por la relación que conmigo tenía, logró hacernos tomar café juntos a un número de camaradas que él se preocupó de invitar. Fracasado su intento de provocar una fracción, se limitó a hacernos unos reportajes con destino al C. E. La Comisión de Control ha unido a estos materiales su habilidad policíaca y ha confeccionado un documento que es una joya en su estilo. Nuestros krylenkos en germen deben lamentar a estas horas que la comedia no haya tenido un desenlace feliz con el último acto de las rectificaciones y el perdón.

Digo esto por lo que después ha pasado. Al no haber sido posible denunciar en el Congreso de Madrid la comedia, fuimos invitados a ir a Sevilla, porque «de otra forma, no agotando todos los recursos, éramos cómplices de nuestra expulsión». Y así fué; agotando todos nuestros recursos (y no sólo los nuestros) fuimos a Sevilla, y allí tuvimos la fortuna de merecer una guardia de honor que Arrarás nos colocó desde el momento de llegar. Hasta ese instante ignoré la existencia del pistolerismo en el seno del P. Después, aprovechando la salida de los obreros de aquella sesión del Congreso, Arrarás rompió el cerco: «Pero vamos a ver, ¿a qué habéis venido vosotros aquí?» Luego, a voces, habló de que habíamos ido a perturbar, pero que... aquello no era Madrid, etc., etc. Silva llegó a tiempo de ayudar a Arrarás, y entre los dos consiguieron que se aglomerase una buena cantidad de obreros a nuestro alrededor. ¿Cuál era la intención de estos individuos al dar aquel espectáculo? Esto sólo puede adivinarlo el que conozca lo que ha pasado en el Congreso de Sevilla; el papel de víctima de las habladurías de los camaradas de Madrid que ha adoptado allí el C. E., y como con un gesto de demagogia ha puesto su defensa en manos del proletariado sevillano. Aparte de la intención de los que provocaron el espectáculo, este hecho debe constar como ejemplo de los procedimientos de lucha «política y de organización» que se emplean en el seno del Partido.

Nos queda aún el último recurso ante la I. C., pero yo no pienso agotar las ventanillas de la burocracia. El Congreso ha demostrado claramente el papel de la Internacional y la naturaleza de la lucha contra el «trotskismo». Todos los Pumaregas y Bullejos del Partido, que se han salvado con su bagaje en la tabla del antitrotskismo, han sido salvados por la I. C.

¡Animo a los camaradas del P. C. a que arrojen ese lastre al agua! Será el único medio de poder incorporarse a la marcha revolucionaria de las masas explotadas y de tomar las riendas de la revolución.

M. V.

UNA LINEA POLITICA

EL BLOQUE OBRERO Y CAMPESINO

Una de las mayores preocupaciones de los dirigentes del B. O. C. ha sido diferenciarse, primero, del Partido Oficial, y después, de la O. C. de I., para dar a entender a la pequeña burguesía, a la cual pretenden conquistar, que no es el Bloque un partido demasiado ortodoxo en comunismo; la ortodoxia comunista asusta de manera extraordinaria a los pequeño-burgueses que quieren llamarse comunistas sin comprometerse mucho, ni parecerse demasiado a *los obreros incultos que no saben lo que es comunismo, ni anarquismo, ni sindicalismo, y sólo aceptan estas teorías por pura demagogia extremista.* Este es el principal motivo que hacía decir a Maurín en su conferencia del Ateneo de Madrid que había que hacer «una revolución típicamente española, a menos que quisiera estar catalogada como otra cualquiera de Europa». «Aspiramos a hacer una revolución española, y sólo así podrá triunfar.» «Hay que pedir, no unas Cortes Constituyentes innecesarias, sino una Convención revolucionaria.» (*La Batalla*, 25 de julio 1931.) «La Convención revolucionaria ha de ser dirigida por vosotros, los jacobinos del Ateneo.» Estas palabras hicieron exclamar a *La Tierra*, de Madrid: «Maurín se expresó en español. Maurín fué ayer, a través de su discurso, un perfecto peninsular.» «El alma dolorida de la raza habló por él.» Maurín fué perfectamente comprendido por aquellos a quienes iban dirigidas sus palabras: la pequeña burguesía radical española.

No hay que negar que la Federación Catalano-Balear, antes de verse arrastrada por el B. O. C., tuvo una política acertada en casi todos sus puntos. Al hallarse sin control alguno que no fuera el propio se descarría, y por diferenciarse de los demás grupos políticos se lanza por caminos completamente equivocados. En su tesis del I Congreso de Tarrasa la F. C. C. B. afirma que «en la revolución comenzada en España la hegemonía ha de corresponder al proletariado dirigido por el P. C. Sólo el triunfo del proletariado dirigido por el P. C. puede destruir las vallas que se oponen a la revolución socialista». «La premisa indispensable de la victoria es la creación de un fuerte Partido Comunista y una acción rápida para organizar las masas y constituir los organismos revolucionarios que servirán a estas últimas para tomar el poder.» Y como organismo para dirigir la revolución y organizar el poder propugna la creación de Juntas revolucionarias de obreros y campesinos, con otro nombre, Soviets, y que son precisamente los organismos cuya falta observa Maurín en la insurrección de Figols meses más tarde, sin recordar que figuran con otro nombre (Consejos) entre las consignas de su partido.

De este mismo Congreso salió la creación del B. O. C., que había de ser el enterrador de la F. C. C. B. y del comunismo de sus dirigentes. El Bloque de organismo ocasional que debía ser se ha convertido en organismo eje y primordial, y a él y a su composición social, cada día más pequeño-burguesa, se acomoda toda la política de los dirigentes de la F. C. C. B. Maurín, en un artículo publicado

el 12 de mayo de 1931 en *La Batalla*, explicando la creación del B. O. C., decía: «Como zona periférica del P. C. hay que crear el B. O. C., es decir, el agrupamiento de todos los trabajadores de la ciudad y del campo que, aun no siendo comunistas, aceptan, sin embargo, las consignas fundamentales del comunismo.» «Creemos, pues, el Bloque Obrero y Campesino.» Excepto algunos camaradas, entre los cuales hay que contar al hoy camarada nuestro en la Oposición, Metge, nadie se daba cuenta del peligro que para el porvenir de la F. C. C. B. encerraba la creación de este engendro, nacido para facilitar la fusión de la F. C. C. B. con el Partit Comunista Catalá.

A lo largo de la colección de *La Batalla*, hasta llegar a la formulación de la consigna de «todo el poder de las organizacioens obreras», no hay un solo número del órgano del Bloque en que no se propugne por la creación de las Juntas revolucionarias. Durante dicho período todos los dirigentes han escrito artículos pidiendo la formación de estas Juntas, y a raíz de la proclamación de la República, como complemento a esta consigna, aparece la de la creación de un Tribunal revolucionario para que juzgue a los contrarrevolucionarios. «Las Juntas revolucionarias—dice una editorial de *La Batalla* del 18 de abril—, la muralla firme ante la cual se estrellarán los ataques desesperados de la reacción.» *La Batalla* del 23 del mismo mes dice: «Frente único y sobre este frente único consideramos las Juntas revolucionarias de obreros y campesinos.» En el mismo número: «Que se destruya todo el aparato burocrático y administrativo del antiguo régimen.» «Todas las funciones del Estado para las Juntas.» En el mismo número un artículo de Jordi Arquer propugna la creación de Juntas. Un llamamiento del Comité Local a las células aboga por la misma consigna. Y así en uno y otro número, hasta que en el mes de junio, próximas las negociaciones con la I. C. por haber sido denunciadas las Juntas como una consigna «trotskista», desaparecen del programa sin aguardar, como correspondía, a un nuevo Congreso o, por lo menos, a un pleno de la Federación. Por esta misma época de las planas de *La Batalla* desaparece casi por completo el nombre de la F. C. C. B. En todas partes se ve substituído por el de B. O. C. Toda la campaña electoral se ha llevado a cabo en nombre del B. O. C., que ha desviado totalmente la política primitiva de la F. C. C. B. Esto tenía que dar sus resultados. Al desaparecer las Juntas revolucionarias de entre las consignas del Bloque no ha desaparecido, sin embargo, el Tribunal revolucionario, complemento de las mismas. Sin Juntas, ¿qué organismo va a elegir y formar este Tribunal revolucionario? Por lo dicho por Maurín en el Ateneo, habrán de formarlo seguramente los ateneístas de Madrid. Aunque pueda parecer mentira, en *La Batalla* del 5 de julio las Juntas revolucionarias han sido substituídas en el programa electoral del Bloque por la escuela única. La escuela única debe haberse convertido en órgano insurreccional y en órgano de gobierno.

El 30 de julio de 1931 aparece por primera vez en *La Batalla* la consigna de «todo el poder a las organizaciones obreras». Se justifica esta consigna confusionista con frases como las que siguen: «La república burguesa está ya gastada.» «Han bastado tres meses de gobierno para ponerla completamente a prueba.» «Es que el capitalismo español ha llegado al último límite de su descomposición.» Y como a la República y al capitalismo les ocurren todas estas cosas, no debe procurarse la formación de Juntas revolucionarias, sino dar todo el poder a los Sindicatos. Como lógica mauriniana no está del todo mal. Pero una de las mejores muestras de la lógica revolucionaria de los dirigentes del Bloque nos la da en el número si-

guiente de *La Batalla* Arlandis. Dice éste en su artículo: «Mas el Consejo de fábrica o de empresa, con ser tan importante, no es suficiente, máxime cuando están todavía por crear, con excepción de algunos pocos que funcionan de una manera encubierta y sin ligazón entre sí. Pero es también indispensable el concurso de todas las organizaciones de la clase trabajadora. El Partido Comunista, como partido dirigente de las clases trabajadoras, desempeña un papel preponderante por su dinamismo revolucionario y por la certeza política de sus consignas. Los sindicatos, organizaciones arraigadísimas entre nuestra clase obrera, desempeñarán un papel muy importante en la formación de un Gobierno obrero y campesino. Las cooperativas obreras, las organizaciones campesinas y las demás fracciones políticas de la clase trabajadora, comunistas, socialistas, anarquistas y sindicalistas, tendrán su amplia participación en el órgano natural del poder proletario: el Soviet, o, lo que es lo mismo, el Congreso de todas las organizaciones de la clase trabajadora, los Consejos obreros, los partidos políticos de la clase obrera, los sindicatos, las cooperativas y las organizaciones campesinas.» ¿De dónde sacaría Arlandis que los Soviets son el Congreso de todas las organizaciones de que nos habla? Pero hay más: «La realidad dolorosa, lamentable, es que no existen Soviets de base, o sea Consejos de fábrica (?). Hay que crearlos a toda costa. Sin Consejos de fábrica no hay posibilidad de llevar la revolución adelante; ellos, mucho más que los sindicatos, son indispensables, porque llevan al corazón mismo de las masas, al taller, a la fábrica, los problemas y las palpitaciones de la revolución. En los Consejos de fábrica sobre todo y también en el resto de las organizaciones proletarias se apoyará el poder de los obreros y campesinos, el poder de los Soviets». Para Arlandis, un Soviet es todo menos un Soviet: Consejos de fábrica, Congreso de sindicatos, cooperativas, etc., etc. ¡Y Arlandis en el Bloque representaba la ortodoxia comunista!

En *La Batalla* del 13 de agosto aparecen ya las consignas aprobadas en el pleno, en las cuales se lanza la consigna de todo el poder al proletariado, junto con la de creación de Consejos de obreros, campesinos y soldados, los cuales no sabemos lo que deben representar para los dirigentes del Bloque cuando, olvidando continuamente su consigna, piden el poder para la C. N. T.

En este interregno de tiempo es cuando en *La Batalla*, caracterizando la posición que va tomando el Bloque, aparecen los artículos de Arquer, «Sobre los epígonos del trotskismo...», demostrando mucho interés en poner de manifiesto que fueron los dirigentes del Bloque los creadores de la consigna de las Juntas revolucionarias y basando su afirmación en el orden cronológico de la publicación de las cartas del camarada Trotsky y la aparición de las consignas de la F. C. C. B. El camarada Arquer olvida que la consigna fué publicada por primera vez en *La Batalla* del 12 de febrero de 1931 y que las cartas del camarada Trotsky son de enero del mismo año. Olvida que en la cárcel entonces convivían camaradas de todos los grupos y tendencias. Que allí estaban los camaradas Nin y Maurin y que las cartas del camarada Trotsky eran leídas con avidez por todos los camaradas encarcelados. Y olvida, además, que fué en la cárcel donde fueron redactadas las tesis políticas del primer Congreso de la F. C. C. B. Como verá el camarada Arquer, no se puede gastar mucha fineza aduciendo como testimonio órdenes cronológicas de letra impresa. No siempre la letra impresa es la única que hace mella.

Podría parecer imposible llegar a una mayor confusión de ideas que hasta la aquí demostrada por los dirigentes del Bloque, pero en este orden para ellos nada es imposible. Ante el segundo Congreso de la F. C. C. B. ha sido publicado un proyecto de tesis política que aumenta todavía más la confusión en que se han debatido en el transcurso de un año. En este proyecto, excepto en el del titular, ha sido desterrada por completo la F. C. C. B., que ha sido substituída por el B. O. C. Dicen estas tesis en su párrafo VII que «los Comités de fábrica y sindicatos podrán convertirse en instrumentos de poder». ¡Un poder dual de sindicatos y Comités de fábrica! Dos órganos distintos gobernando a la vez y ninguno de ellos esencialmente órgano de poder. Pero, por si esto fuera poco, en las conclusiones aumenta todavía el galimatías. Dicen: «Todo el poder a los Comités de fábrica, sindicatos y organizaciones obreras.» «Organización de Consejos de obreros, soldados y campesinos». ¿Para que los Consejos (Soviets), estos Soviets que no hay que aguardar ni propugnar, según Maurin, si se pide ya el poder para los Comités de fábrica, sindicatos y organizaciones obreras? ¿No basta ya la confusión que haya de aumentarla con la creación de los Soviets que a cada paso vienen repudiando? ¿Qué papel va a reservar Maurin a estos Consejos (Soviets) en la insurrección y en el poder? Los dirigentes del B. O. C. han olvidado que el peor servicio que se puede prestar a la revolución proletaria es sembrar el confusionismo entre las masas obreras, y ésta es su única labor desde hace unos meses. Poco o nada va a tener que agradecerles la revolución del proletariado español a estos confusionistas si, por mayor desgracia aún, no consiguen llevarlo por estos derroteros de confusión, cosa que sería el desastre que, jubilosa, aprovecharía la burguesía.

La política de unidad comunista, que se atribuyen tanto el Partido Oficial como el Bloque, es la política que ha servido a unos y a otros para esgrimir argumentos contra esta misma unidad. En sus comienzos, la F. C. C. B. tuvo una política de unidad completamente justa: «Congreso de unidad al que pudieran asistir todos los grupos, formación de un partido sobre bases democráticas, libre discusión, readmisión de todos los expulsados por motivos políticos...», puntos todos ellos completamente justos.

Esta política de unidad había de ser desmentida plenamente por acuerdos tomados por el Bloque y por la expulsión de los oposicionistas que la defendían en el interior de la Federación. Es la primitiva posición de la Federación respecto a la unidad, que había de desaparecer en el momento en que el crecimiento de la Oposición Comunista de Izquierda podía obligar a que lo que hasta entonces fué una larga promesa se convirtiera en posible realidad. La adhesión de la Oposición al Congreso de unidad no fué publicada en *La Batalla*. Al ser conocida la adhesión de Madrid, en *La Batalla* se dió cuenta de la formación de ponencias para el Congreso y de la próxima celebración del mismo. Después no se habló más de ello. Sólo ante la presión de las células de Barcelona proponiendo la asistencia al Congreso del Partido Oficial anunciado por aquel entonces, se llevó al pleno la discusión de la unidad, el cual aprobó la propuesta de pedir la asistencia del Partido, pero imponiendo, a propuesta de Maurin, unas condiciones que se sabía ya por adelantado no habían de ser aceptadas. *La Batalla* del 13 de agosto publica el acuerdo, en el cual se confirma el del Pleno de octubre de 1930, pero añadiendo que para concurrir al Congreso del Partido éste antes tiene que aceptar las condiciones que propone el Bloque, o sea el caso completamente a la inversa. Entre las condiciones que se pretendía imponer, en el apartado IV se dice: «Deberá respetarse la existencia del Bloque, por lo menos en Cataluña.» El párrafo cuarto dice: «Si el Partido se nie-

ga a hacer la fusión en las condiciones propuestas, la F. C. C. B. seguirá, como hasta ahora, trabajando por el movimiento y por la unidad de los comunistas.» Trabajando por la unidad, poniendo obstáculos; así es como, por lo visto, entienden los dirigentes del Bloque que deben los comunistas trabajar por la unidad. Sin embargo, al ser tomado este acuerdo no hacía todavía un mes que el camarada Jordi Arquer, en un artículo de los suyos contra los *trotskistas*, decía que los oposicionistas, al declarar que al ir al Congreso se reservaban el derecho a defender sus puntos de vista en el interior del Partido unificado, en caso de salir derrotados, actitud que cuadra perfectamente dentro de la más pura lógica leninista, cometían una deslealtad y con ello laboraban en contra de la unidad. El juicio que al camarada Arquer ha debido merecerle el acuerdo tomado por el pleno de la Federación, a propuesta de Maurin, debe ser a todas luces algo realmente duro, pues bien claro está que dicho acuerdo imposibilita toda tentativa de unidad.

Otro de los aspectos de la revolución española que ha hecho dar más tumbos a Maurin y a sus amigos es la cuestión de las nacionalidades. Al aproximarse las elecciones a las Cortes Constituyentes les entró a los dirigentes del Bloque tal furor separatista que sobrepasaron a las más extremistas organizaciones de la pequeña burguesía separatista de Cataluña. Toda su propaganda durante este largo período hasta el momento actual ha consistido en demostrar a esta pequeña burguesía que el B. O. C. era más separatista que el que más. Aparte del error de ver problemas nacionales en cada región española, en Aragón, Andalucía, Murcia, etc., etc., y aparte de la confusión de situar en un mismo plano la cuestión nacional de Cataluña, que debe ser aceptada por los comunistas como impulso de la revolución democrática, y el problema de Vizcaya, completamente retrógrado y contrario a esta misma revolución, debe criticársele al Bloque su posición separatista que a tantos equívocos se presta.

En *La Batalla* del 23 de julio de 1931 se dice: «Protestamos de la ingerencia en Cataluña de todo poder extranjero.» Lo mismo, por extensión, dicen los catalanistas al hablar de los obreros no catalanes que en Cataluña conquistan puestos dirigentes en los organismos obreros. Para la pequeña burguesía catalana una y otra actitud significan la misma cosa. Maurin, en una interviú concedida a un reportero y reproducida en *La Batalla* del 7 de enero último, dice: «Nosotros aspiramos a conquistar la mayoría. A ser Gobierno y a trocar Cataluña en una república socialista.» Ni más ni menos que lo que diría un demócrata burgués: conquistar la mayoría para después tomar el poder. En esto Maurin se coloca en el mismo plano que los socialistas y fomenta entre la clase trabajadora las ilusiones democráticas. Maurin no puede de ningún modo creer en la posibilidad de una Cataluña socialista independientemente del resto de España. Afirmar tal cosa equivale a colocarse en el mismo plano que los elementos extremistas del Estat Catalá.

Cuando en un manifiesto separatista del Estat Catalá se puede decir: «Esta designación (se refiere a la de extrema izquierda) equivale a decir que siempre impulsaremos nuestras furzas, en todos los terrenos, hacia la emancipación definitiva de los hombres, hacia la supresión de las clases, hacia la sociedad justa y hasta el triunfo de la igualdad económica de todos los hombres y de todos los pueblos.» Hablar como habla Maurin es dar lugar a confundir el partido que él dirige con el que publica este manifiesto separatista. No hay diferencia, como no la hay con la siguiente frase que sacamos de una tesis nacional de otro organismo confusionista a punto de florecer

en Cataluña, que pretenderá ser un partido obrero: «Nuestro partido trabajará para conseguir la total libertad y predominio del proletariado dentro de los límites de cada Estado.» Nos hallamos, pues, ante el Bloque, Estat Catalá y este nuevo partido obrero, colocados en el mismo plano ante los ojos del proletariado.

Antes de finalizar esta exposición quisiéramos aportar otras pruebas de la falta de seriedad de los dirigentes del Bloque Obrero y Campesino. Bastaría con reproducir aquella frase de Maurin de «revolución permanente; un poco de revolución cada día». Pero no podemos resistir la tentación de recordar que, si bien los dirigentes del B. O. C. critican con extraordinaria dureza la fraseología insultante con que son combatidos por el Partido Oficial, ellos no les van a la zaga en este aspecto, como en tantos otros.

Está reciente aún el artículo de Montserrat en *La Batalla* insultando groseramente a los oposicionistas, acusándonos de estar faltos de base ideológica. El camarada Montserrat ha superado esta literatura insultante, de la cual ha tenido excelentes muestras en distintos números de *La Batalla* y en especial en la nota publicada el 25 de agosto dando cuenta de la expulsión del camarada Masmano. En esta nota, con un lenguaje grosero, se dice que el camarada Masmano en el Comité Ejecutivo era llamado el *vago*, que no trabajaba en los sindicatos, cosa completamente incierta. Dice además la nota: «Este individuo, al ser expulsado, se ha agarrado inmediatamente al biberón del Partido. (El lenguaje es de *La Batalla*.) En el Bloque no era posible chupar.» «Nosotros, que estamos acostumbrados a hacer nuevos sus artículos de *La Batalla*, sabemos que Masmano es casi analfabeto y que es incapaz de escribir dos líneas sin decir burradas.» Y una sarta de insultos más, hasta llamarle cobarde. ¿Dice esto mucho en favor de la seriedad de un organismo político? Esto no produce más que el descrédito de un partido entre sus propios militantes. Nunca el insulto ha sido una buena arma política. Si Masmano era un vago, un cobarde y un analfabeto, ¿por qué lo tuvieron en el Comité Ejecutivo? El Comité Ejecutivo no es un buen lugar para los vagos, analfabetos y cobardes. La permanencia de un individuo que mereciera tales dictados en un Comité Ejecutivo a sabiendas de sus compañeros no puede hacer más que dar la medida de éstos, y ésta no creo que sea la intención del autor de la nota. Si Masmano no podía escribir dos líneas sin decir burradas, ¿cómo en la colección de *La Batalla* nos encontramos con artículos suyos hablando de política internacional, nacional, cuestiones sindicales y de toda clase de cuestiones que afectan al proletariado? Sólo el hecho de que se permitiera la publicación en *La Batalla* de tantos artículos en los cuales no se decía más que *burradas*, nos puede explicar el galimatías ideológico que hallamos a través de las páginas de *La Batalla*, como órgano oficial de la F. C. C. B. y del B. O. C., único al que hemos querido recurrir para hacer la presente crítica, no aprovechando el vasto campo que nos ofrece la colección de *L'Hora*.

N. Molins y Fábrega.

ACERCA DEL CONGRESO DE LA F. C. C.-B.

Queremos anticipar hoy un comentario de conjunto del II Congreso de la Federación Comunista Catalano-Balear, sin perjuicio de examinar en otra ocasión con más detalle los acuerdos del Congreso. Casi han coincidido las reuniones de las tres tendencias del comunismo español, y es de gran interés examinarlas para formarse idea justa de la trayectoria que sigue cada tendencia.

El II Congreso de la Federación Catalano-Balear ha venido a sancionar la ruptura de todas las amarras que le sujetaban al comunismo internacional. El primer deber de una organización, que es pronunciarse sobre los hechos internacionales y organizarse internacionalmente, se lo ha saltado el II Congreso de la Federación Catalano-Balear. De nada sirve hacer una digresión más o menos literaria sobre la situación internacional, si no va acompañada de compromisos en materia de organización. En esto consiste fundamentalmente el internacionalismo obrero. El Congreso de la Federación Catalana no se ha pronunciado sobre la lucha de fracciones del comunismo internacional ni se ha sentido en el deber de tomar parte en la contienda. Lo considera, por lo visto, como algo ajeno. Cuando una organización que se titula comunista procede así, lo que nos enseña en realidad es que será cada vez más ajena al comunismo. Lo más grave de este Congreso no está precisamente en que la Federación Comunista Catalano-Balear rompa con la Internacional Comunista, aunque ello es grave; lo peor es que esto le sirve para romper con el internacionalismo. Desde el momento en que no se crea ningún compromiso, el internacionalismo queda reducido a nada: a emocionarse y protestar por lo que pasa en China.

Quizá no sea posible encontrar en el movimiento obrero actual ninguna organización invadida de un oportunismo más morboso que el que padece la Federación Catalana. Recordemos su trayectoria. Empezó planteando la cuestión de la crisis comunista en una escala nacional. Combatía al trotskismo porque sostenía esta verdad: que la crisis de la Sección española, es decir, del Partido Comunista español, no es más que un reflejo de la que padece toda la Internacional Comunista. Esta verdad no quiso aceptarla al principio de la Federación Catalana, porque no coincidía con el estado de ánimo de la mayoría de los comunistas. Es decir, la Federación empezó explotando el fetichismo de la Internacional.

Con el tiempo se fué viendo de donde procedía el mal, y, consecuentemente, se ha ido formando una tendencia sectaria y simplista a romper con la Internacional Comunista, que «está completamente hundida». Los dirigentes de la Federación aprovechan este estado de ánimo, es decir, explotan este sectarismo, que sólo conduce a complicar el estado actual, que no remedia, sino que agrava la crisis.

La posición que ha tomado el Congreso que comentamos frente a la unidad de las filas comunistas no es más que un recurso inocente y grotesco de disimular su escisionismo. En esta reunión se ha dado la consigna del Congreso de unificación de las fracciones comunistas; pero a condición de que todo el mundo acepte la línea política de la Federación. Para eso no es necesario un Congreso de unificación y basta con solicitar el ingreso en esa organización.

Defender la unidad de las filas comunistas significa ir a un Congreso de unificación de donde ha de salir el partido reconstruído y con una línea política elaborada democráticamente; la minoría tendrá el deber de someterse—no de «reconocer sus errores» cada cinco minutos, sino de someterse—a las decisiones de la mayoría. Todo lo que no sea plantear la cuestión en estos términos es utilizar como un cepo para cazar incautos la unificación de los comunistas.

Se dirá—y lo dicen, efectivamente, los del simplismo antiunitario—que la fracción staliniana no querrá nunca la unidad. Es muy arriesgado afirmar esto, porque puede surgir un momento tal que la base del partido se imponga a la burocracia. Pero aunque ello no sucediera, hay que mantener la política de unidad; porque si el comunismo está dividido, alguien ha tenido la culpa, y, además, uno de los aspectos más importantes de la crisis actual del comunismo es la cuestión del régimen interno de los partidos; la ausencia de democracia imposibilita la elaboración de una política justa.

Por estas razones, la política de unidad hay que mantenerla de una manera consecuente para que se aclare cuál es la tendencia divisionista. Esta posición sólo puede mantenerla de una manera honrada una fracción como la nuestra, que desea la unidad, que no tiene miedo a unificarse, que está segura de imponer la política general que defiende con que sólo le concedan democracia interior. La política de unificación con la Internacional, que tan tenazmente defendemos, no es para nosotros un concepto hueco ni la expresión de un romanticismo vulgar, sino un deber político fundamental y la prueba de la firmeza de principios de la Izquierda Comunista.

El Congreso de la Federación Catalana no ha olvidado, naturalmente, los consabidos ataques al trotskismo. A pesar del espacio que nos ha dedicado en ésta y en otras ocasiones, es inútil buscar un argumento político serio. Infantiles astucias de zorro—infantiles porque, convertidas en sistema, no indican habilidad política y desacreditan la organización—, chistes y chascarrillos a propósito del trotskismo, eso sí, y en abundancia. Pero no acertamos a comprender por qué la Federación Catalana nos dedica tanto espacio, sin entrar nunca en polémica.

La Federación Catalana, hundida en un frenético oportunismo, se ve obligada a huir de la crítica comunista. Como toda tendencia insegura, teme la claridad y se ve precisada a substituir la polémica revolucionaria por la calumnia y el chiste necio. La Federación Catalana, que es un producto de la crisis de la Internacional Comunista, es también una nueva fuente de disolución y confusión del movimiento obrero.

L. FERSEN.

Trabajadores revolucionarios: No olvidéis a los 8.000 oposicionistas rusos deportados en Siberia; no olvidéis que el gran revolucionario Rakovsky se consume en la deportación.

III Conferencia Nacional de la Oposición Comunista

UN GRAN PASO ADELANTE

Cuando, en junio del año pasado, nos reunimos en Conferencia nacional los partidarios de la Oposición Comunista de Izquierda Internacional en España, no constituíamos más que un puñado de militantes que se disponía a luchar con entusiasmo por la creación de un verdadero movimiento comunista en nuestro país. La disparatada política del Partido oficial, la irresponsabilidad de sus dirigentes, producto típico del sub-stalinismo, que tantos estragos ha causado en el movimiento revolucionario internacional, había desprestigiado la idea misma del comunismo a los ojos de las masas obreras. El Bloque Obrero y Campesino, cuyo nacimiento se debía principalmente a los profundos errores del Partido y de la Internacional, se convertía en una organización oportunista, típicamente pequeñoburguesa, que constituía un gran obstáculo, con su confusionismo ingénito, al desarrollo de un potente movimiento comunista en Cataluña. Finalmente, el anarcosindicalismo, gracias a la impotencia y la incapacidad de las organizaciones comunistas, seguía ejerciendo una enorme influencia sobre grandes masas proletarias.

La Oposición iba a emprender la lucha, extremadamente difícil, en esos tres frentes. Para ello no contaba más que con una revista teórica mensual, de escasa difusión y el entusiasmo ardiente de los contados oposicionistas españoles. Los grupos organizados se podían contar con los dedos de una mano. Los recursos materiales eran exiguos. Los puntos de vista de la Izquierda Comunista eran desconocidos por la inmensa mayoría de los trabajadores.

A pesar de todo, los resultados obtenidos en diez meses de lucha han superado en mucho nuestras esperanzas. La Conferencia nacional celebrada recientemente en Madrid ha puesto de relieve los progresos verdaderamente sorprendentes efectuados en menos de un año. El balance de la labor realizada ha sido altamente confortador. La Izquierda Comunista no es ya un núcleo de militantes aislados, como lo era hace un año, sino un verdadero movimiento comunista, con ramificaciones en todo el país, vivo, activo, combativo, íntimamente ligado con la clase obrera y sus luchas. El peligro de que la Oposición se convirtiera en un cenáculo de críticos, en una secta estéril, en un refugio fácil para los perezosos, cobardes y decepcionados ha sido victoriosamente superado. Han venido a nuestra organización los militantes mejores, los más conscientes, abnegados y combativos. Hoy, la Izquierda Comunista es ya, realmente, la vanguardia de la vanguardia del proletariado español.

La Conferencia nacional ha dado un programa, una táctica y una estructura a nuestro movimiento. La Izquierda Comunista se ha pronunciado sobre todos los grandes problemas de la revolución, ha señalado claramente el camino a seguir a la clase trabajadora española y ha sentado las bases sobre las cuales podrá sólidamente desarrollarse un gran movimiento comunista en nuestro país.

La Izquierda Comunista ha dado un gran paso adelante. Hoy más que nunca estamos firmemente persuadidos de que el camino emprendido por nosotros es el más acertado y de que sólo la Oposición, heredera de las tradiciones del marxismo revolucionario, continuadora fiel de la obra de la Internacional de Lenin y Trotsky, es capaz de forjar el arma de que el proletariado español tiene necesidad para conseguir la victoria sobre la burguesía: una gran partido comunista.

Los progresos efectuados en estos diez meses, a pesar de nuestra escasez de recursos materiales y de las dificultades enormes con que hemos luchado, son la prenda más segura de los éxitos que nos reserva el porvenir.

Pero no sabemos el tiempo que, en las circunstancias excepcionales en que vivimos, nos reservará la historia. No tenemos un momento que perder. Hay que redoblar nuestros esfuerzos, intensificar nuestra propaganda y nuestra labor de organización, consagrar todas nuestras energías a la obra inmensa que hemos emprendido para dotar al proletariado de las armas que le son precisas para triunfar.

ANDRÉS NIN.

RESUMEN DE LAS SESIONES DE LA CONFERENCIA

El día 26 del pasado marzo dieron comienzo en Madrid las sesiones de la III Conferencia Nacional de la Izquierda Comunista de España (sección española de la Oposición Comunista Internacional). Asistieron representantes de todas las regiones de España, y se sometió a discusión de la Conferencia el siguiente orden del día: 1.º Gestión del Comité Ejecutivo; 2.º Gestión de la Administración de COMUNISMO; 3.º Gestión del director de COMUNISMO; 4.º Informe de *Ediciones Comunismo*; 5.º Tesis sobre la situación política de España y las tareas de los comunistas; 6.º Tesis sobre la situación política internacional, la I. C. y la Oposición de Izquierda; 7.º Tesis sobre la dirección del P. C. español; 8.º Tesis sindical; 9.º Tesis agraria; 10. Tesis sobre prensa y propaganda; 11. Tesis sobre organización; 12. Tesis sobre las nacionalidades; 13. Tesis sobre el frente único; 14. Tesis sobre el paro forzoso; 15. Nombramiento de Comité; 16. Proposiciones, y 17. Cuestiones diversas. El Comité Ejecutivo de la Oposición había publicado previamente, a *rotary*, tres números del *Boletín interior de discusión*, con todas las tesis y material de la Conferencia, para conocimiento y discusión de los grupos.

La primera sesión de la Conferencia se celebró el día 26, a las siete de la tarde, bajo la presidencia del camarada Juan Andrade, que abrió la sesión con unas palabras preliminares sobre el desarrollo de la Oposición y las tareas de la Asamblea. Acto seguido se dió lectura a los mensajes y saludos recibidos: del camarada Trotsky, del Secretariado Internacional de la Oposición, de la Oposición norteamericana, de la Liga francesa, de los jóvenes oposicionistas norteamericanos, de la Oposición alemana, belga, inglesa, búlgara, griega, argentina, italiana; de los grupos oposicionistas de lengua española de Nueva York, etc. Se designaron como presidentes a los ca-

maradas Andrés Nin y Loredo Aparicio y como secretarios a Solares (Asturias) y Blanco Pascual (Galicia).

En la segunda sesión, celebrada el mismo día 26, a las once de la noche, el camarada Henri Lacroix dió cuenta de la gestión del Comité Ejecutivo y de la situación de la Oposición. A continuación informaron los delegados sobre la situación en sus respectivas regiones. Después de hacer algunos delegados observaciones sobre la gestión del Comité Ejecutivo, se aprueba ésta por unanimidad. Hechas algunas manifestaciones, encaminadas todas ellas a iniciativas para intensificar la venta de nuestra REVISTA y publicaciones, se aprueba la gestión de la Administración y Dirección de COMUNISMO y de *Ediciones Comunismo*. Se acuerda tratar también por todos los medios que *El Soviet*, nuestro órgano semanal, salga a la mayor brevedad. Entablada la discusión sobre la localidad en que debe aparecer *El Soviet*, se acuerda que sea Barcelona, y designar como director a Andrés Nin.

En la tercera sesión, o sea el 27, a las once de la mañana, se entra en la discusión de la tesis política del camarada Nin. Lacroix propone una enmienda en el sentido de que se debe provocar por todos los medios el apartamiento de la base proletaria y campesina a la influencia socialista. Nin acepta dicha enmienda. Se pasa a discutir las consignas concretas expuestas por Nin en sus tesis, o sean: 1.ª Disolución de estas Cortes y convocatoria de elecciones generales. 2.ª Formación de un Gobierno netamente socialista. Acerca de la primera consigna, Lacroix dice que es retrasada y que no corresponde a la situación actual de la política española. Defiende Nin su consigna, que, finalmente, retira ante la intervención de otros delegados. Respecto a la segunda consigna, Esteban Bilbao cree observar una contradicción entre la consigna y el criterio general expuesto en la Conferencia de que la socialdemocracia ha perdido influencia. Manuel Sánchez (Castilla la Vieja) se expresa en los mismos términos. Se aprueba finalmente por mayoría la consigna tal como la ha formulado Nin; pero, a propuesta de varios delegados, se acuerda someterla a referéndum de todos los grupos.

La tesis sobre la situación internacional es lo que principalmente se discute en la cuarta sesión. Nin estima que el punto X debe precisarse más, en el sentido de que ha sido la crítica de la O. C. la que ha obligado a la burocracia stalinista a hacer virajes en algunos países. Fersen afirma que en lo sucesivo la Oposición debe tener una actuación política más independiente. La Delegación de Cataluña propone que la Oposición apruebe el principio de intervención en las elecciones. Asturias estima que la descomposición del Partido no es tan grande como para que la Oposición dé un cambio tan radical a su política. Sánchez cree que la O. C. debe intervenir en todos los aspectos de la lucha, sea ésta sindical o electoral. Defienden ampliamente el criterio de intervención en las elecciones los camaradas Nin y Fersen. Se oponen resueltamente a ello Lacroix y Andrade, que lo estiman como un apartamiento de la línea política de la Oposición. Finalmente, Fersen propone que se vote lo siguiente: si cabe o no en los principios de la O. la participación en la lucha electoral. «No se trata de decidir—dice Fersen—si hemos de ir a las próximas elecciones, sino si en principio aceptamos la posibilidad de ir a ellas.» Puesta a votación, se aprueba la intervención en las elecciones por mayoría de votos.

En la quinta sesión se acuerda reformar las tesis sobre la I. C., comisionando para ello al ponente Esteban Bilbao y a Fersen. El camarada Nin, en nombre de la Delegación catalana, da lectura a

la resolución sobre la cuestión alemana, la cual es aprobada por unanimidad. Respecto a la tesis sobre la unidad sindical, Molíns y Fábrega (Cataluña) propone que se redacte una nueva tesis, por creer insuficientes los puntos que en ella se abordan. Afirma que sólo se trata en ella de la unidad sindical y que lo que hay que hacer es redactar una tesis sindical general en que se trate de todos los problemas relacionados con el movimiento sindical. Así se acuerda. Se entabla a continuación una viva discusión sobre la tesis de las nacionalidades, de la que es ponente el camarada Molíns. Este estima que el único movimiento nacionalista que tienen la obligación de apoyar los comunistas es el catalán. Después de la intervención de varios delegados, se aprueban las tesis sobre las nacionalidades por unanimidad. Se acuerda dirigir una carta al Comité español del Socorro Rojo, preguntando oficialmente si los miembros de la Oposición pueden pertenecer a él con todos los derechos que establecen los estatutos para los afiliados.

La Delegación catalana propone que en lo sucesivo la Oposición se denomine «Izquierda Comunista de España (Sección española de la Oposición Comunista Internacional)». Intervienen varios delegados, y, finalmente, se aprueba unánimemente esta nueva designación de nuestra organización. Se aprueba igualmente que el Comité Central esté integrado por representantes de las Federaciones regionales y el nombramiento de una Comisión nacional de Control. Se acuerda solicitar del Secretariado Internacional la reunión de una Conferencia Internacional de la Oposición, Conferencia que no debe celebrarse más tarde del mes de septiembre. A consecuencia de lo quebrantado de la salud del camarada Lacroix y de la necesidad que tiene de someterse a una operación quirúrgica por el exceso de trabajo desarrollado en los últimos tiempos, la Conferencia acuerda concederle una vacación de tres meses. Con respecto a la colaboración de los oposicionistas en la Prensa burguesa, se adopta el acuerdo de que deben someterse previamente al control del C. E. Se tratan a continuación varias cuestiones de organización, acordándose la organización inmediata de nuestras secciones juveniles.

En la sexta sesión de la Conferencia se entra en la discusión de la tesis agraria, de la que es ponente el camarada Luis García Palacios. La Delegación catalana se muestra completamente en desacuerdo con las tesis. La Oposición—dice Nin—no puede plantear el problema de una manera demasiado formal, y, por lo tanto, manifestarse contra el reparto de tierras y por la colectivización meramente. Palacios hace la defensa de su tesis, por creer que el reparto de tierras, además de no resolver el problema, puede crear un germen contrarrevolucionario. Dice que sus puntos de vista son mal interpretados y que están inspirados en los verdaderos principios marxistas. Marino Vela y Marino García hacen indicaciones respecto a la manera como la Oposición debe plantear el problema agrario. Finalmente, Andrade propone una nueva redacción de las tesis, de la que debe encargarse una Comisión integrada por Marino Vela y García Palacios. Este proyecto de nueva tesis debe remitirse a los grupos para su discusión y enmienda, y cada grupo o Comité regional debe enviar un informe concreto sobre las reivindicaciones locales para incorporarlas a nuestro programa agrario. Así se acuerda.

En la séptima sesión, el camarada Molíns da lectura de un esquema de los puntos de que han de tratar las nuevas tesis sindicales. Solares (Asturias) dice que es preciso combatir por igual la hegemonía anarquista y socialista en los Sindicatos. Andrade cree que la

Oposición debe afirmar en sus tesis el respeto a la democracia sindical, única manera de evitar la escisión. El delegado de Sevilla dice que es preciso combatir al Comité de Reconstrucción como una empresa de escisión. Intervienen varios delegados. A la pregunta que hace uno de ellos, el camarada Nin contesta diciendo que cuando un Sindicato desee aisladamente adherirse a la I. S. R. no debe hacerlo si con ello peligra la unidad sindical. Se pasa a la discusión de la tesis sobre los parados. Se entabla una animada discusión entre los camaradas Nin y Andrade; el primero defiende que los obreros sin trabajo deben estar organizados en las secciones de parados de sus respectivos Sindicatos; Andrade defiende el criterio de la organización independiente de los parados y ligazón constante de éstos con los Sindicatos. Después de la intervención de varios delegados, se aprueba por mayoría de votos el criterio defendido por el camarada Nin. Se acuerda que la Conferencia envíe un mensaje de saludo al camarada Trotsky y a los ocho mil oposicionistas rusos desterrados por Stalin a Siberia. Se acuerda que Nin y Fersen formen parte de una Comisión de corrección de estilo encargada de corregir todas las tesis y de poner en limpio y redactar los acuerdos recaídos en la Conferencia. Se aprueba también la publicación de un tomo con las principales tesis aprobadas en la asamblea. Y agotados todos los puntos del orden del día, se clausuró la Conferencia el lunes, día 28, a las seis y media de la tarde.

El día 29, por la tarde, dió una interesante conferencia en el Ateneo de Madrid nuestro camarada Andrés Nin, con el tema: *El papel de la pequeña burguesía en la revolución.*

El día 30, en nuestro local social de la calle de la Cabeza, 30, dieron, a las siete, ocho y media y diez, tres conferencias nuestros camaradas L. Fersen, Molíns y Fábrega y Andrés Nin, que disertaron sobre los siguientes temas: *Los campesinos y la Oposición de Izquierda, La política del Bloque Obrero y Campesino* y *Origen y desarrollo en Rusia de la Oposición Comunista de Izquierda,* respectivamente.

Tesis sobre la situación internacional y el comunismo

1. El equilibrio que ha conseguido alcanzar el capitalismo después de la guerra descansaba sobre una base tan artificial y poco firme, que no ha tardado en romperse de nuevo en una crisis más amplia y profunda que las anteriores. Aunque el capitalismo ha conseguido librarse de la revolución proletaria a continuación de la guerra, no por ello ha dejado de ser evidente que no había de hallar solución a sus problemas. Al contrario, éstos se agravarían. El mundo capitalista está cada día más preso en sus propias contradicciones. La desproporción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y la capacidad de consumo del mercado está más acentuada en cada nueva crisis y, consecuentemente, se agrava la brutalidad del sistema, se exacerban los antagonismos entre las potencias capitalistas y los antagonismos de clase.

2. Los remedios que ensaya el capitalismo frente a la crisis no hacen más que agravar la enfermedad, y sólo tienen sentido en cuanto son el preludio de grandes ofensivas del imperialismo internacional, ofensivas que ya se han iniciado—intervención de Japón en Manchuria y China, complicidad, dentro de la rivalidad, de las demás potencias imperialistas. La política de aranceles altos, por ejemplo, que es un fatal resultado de la crisis, pone muy visiblemente al descubierto las contradicciones del sistema capitalista. La política de aranceles altos se deriva de la necesidad que siente cada país de mantener el nivel de su producción, de conservar y ampliar sus mercados, empezando por defender el mercado interior con obstáculos a la entrada en el país de productos extranjeros. Es evidente que desde el momento en que todos los países se ven obligados a adoptar la misma política, a la vez que defienden una parte del mercado—el mercado interior—, se cierran otra parte—el mercado exterior—, que se encuentra trabado por las poderosas barreras aduaneras que cada país levanta en propia defensa. Desde un punto de vista abstracto se diría que con la política proteccionista los países capitalistas consiguen un resultado diametralmente opuesto del que se proponen. Si el propósito de cada país es mantener su nivel de producción, con el proteccionismo lo que hacen es restringirse el mercado, a causa de los obstáculos que se encuentran en el mercado exterior para la circulación de las mercancías. Pero, prácticamente, el hecho está lleno de sentido y lo único que demuestra es que la política capitalista será cada vez más violenta. El forcejeo, la tirantez de relaciones que se crea entre las distintas potencias a causa del desbordamiento de las fuerzas productivas, tiene que desembocar, inevitablemente, en conflictos armados. Los pueblos más fuertes mantendrán su hegemonía imponiéndose y aplastando a los más débiles. Al entrar en su decadencia, el capitalismo entró también en una fase más brutal y violenta, en absoluto incompatible con el estúpido e hipócrita pacifismo de postguerra, tan especialmente adorado por los partidos socialistas.

3. La agravación de la crisis mundial, que en el aspecto de la política internacional se manifiesta por la agravación de los antagonismos entre las potencias capitalistas, provoca también la ofensiva más encarnizada contra las condiciones de vida de las clases trabajadoras. La burguesía de cada país pretende, de una parte y en la medida de sus fuerzas, descargar los efectos de la crisis sobre los demás países, y de otra parte, sobre las masas trabajadoras. Además de la enorme extensión del paro, la clase obrera tiene que soportar un ataque despiadado a sus condiciones de vida. Los recursos de que debe valerse para persistir un sistema en absoluto incompatible con el desarrollo que han alcanzado las fuerzas productivas de la sociedad, tienen que ser los más desesperados y brutales, la explotación más inicua de las clases trabajadoras y la pérdida para ellas de toda libertad.

4. Muchas veces el stalinismo ha pretendido atenuar la gravedad de sus faltas alegando que aunque el capitalismo logre salir con vida de una coyuntura determinada, se crea con ello problemas más graves, y, por lo tanto, ha de renacer la situación revolucionaria. La teoría marxista, en lugar de servirle para imponerse deberes, la utiliza el stalinismo cómoda y cobardemente para justificar la irresponsabilidad y sacar importancia a sus faltas. Si el capitalismo se ha consolidado por un momento después de la guerra y ha dejado localizada la revolución proletaria en Rusia, es cierto que la situación revolucionaria ha renacido y es mayor la crisis del sistema; pero también es cierto que la burguesía ha tenido que recurrir, para mantenerse en el poder, a procedimientos más brutales que en el período anterior. Europa quedó plagada de regímenes fascistas o semifascistas. La clase obrera italiana, que no supo triunfar a con-

tinuación de la guerra, pagó su falta teniendo que soportar el régimen criminal de Mussolini. La respuesta a los errores de los obreros españoles fueron siete años de dictadura de Primo de Rivera. Alemania, desde 1918, está en continua guerra de clases. Inglaterra atravesó todo este período con una cifra enorme de parados. Si la burguesía logra vencer esta crisis, si logra ahogar por algún tiempo la revolución proletaria, aunque es cierto que la situación revolucionaria ha de renacer, también lo es que la burguesía ha de recurrir a peores procedimientos todavía, es decir, que las condiciones de vida para la clase obrera serán infinitamente más graves que las actuales, y que serán inevitables las guerras imperialistas. Cuando el P. C. A. se deja decir que aunque el fascismo suba al poder ha de caer y triunfar la revolución proletaria, no hace más que insinuar su predisposición a efectuar una retirada miserable, que sería catastrófica para la clase obrera mundial. Toda la política mundial se anuda hoy en Alemania. Por tratarse de un país avanzado, en la situación alemana se resumen en la forma más grave los antagonismos de clase y los antagonismos con las demás potencias. Si la hegemonía mundial de los Estados Unidos está hecha a expensas de Europa en conjunto, la hegemonía de Francia dentro de Europa está hecha, sobre todo, a expensas de Alemania. Las pesadas cargas que las potencias vencedoras han impuesto a Alemania agravan extraordinariamente la crisis, cuyo peso la burguesía alemana se esfuerza en descargar sobre la clase obrera. El triunfo de la revolución proletaria en Alemania trastornaría todo el sistema de relaciones políticas de postguerra, y sería un serio golpe para el imperialismo europeo y mundial.

5. Pero lo más grave del momento actual es que la profunda crisis del sistema capitalista coincide con otra crisis no menos profunda del movimiento obrero revolucionario. Los hechos están demostrando que ante una coyuntura como la presente la clase obrera se encuentra sin dirección ni guía, sin que el comunismo, que como tendencia revolucionaria resume la experiencia del movimiento obrero y señala los objetivos del proletariado en la fase actual, sea capaz de conquistar las masas, de dirigirlas y llevarlas a la victoria. El retraso no se puede disculpar invocando la situación general, que es más revolucionaria y crítica que nunca; la falta está en la dirección. Por ahora, donde la clase obrera ha entrado en batalla, es dirección, es partido comunista lo que ha faltado. Los grandes desastres de la Internacional desde 1923 hasta 1927 no han servido para que corrigiese sus defectos. Aunque todavía no se han librado las batallas decisivas en muchos países, hay hechos y síntomas que nos presentan la crisis de la I. C. considerablemente aumentada. En los últimos años, la I. C. no ha sido capaz de crear ningún partido nuevo. En España, la caída de Primo de Rivera señaló un período revolucionario, que no hizo más que pedir, y sigue pidiendo, Partido comunista. El partido no se ha creado. El Partido Comunista de España no inspira, ni tal como se puede inspirar, confianza a las masas, que, por otra parte, están descontentas de las fuerzas tradicionales del movimiento obrero español: anarquismo y socialismo. Lo mismo que en España, en todos los países donde no había partido comunista el stalinismo no ha sido capaz de crearlo. Los viejos partidos de la I. C., o descienden continuamente, como en Francia, o están muy por debajo de la situación. El P. C. crece, por ejemplo, en Alemania; pero en una proporción mucho menor que el fascismo. Se aproxima el momento en que el fascismo alemán y la clase obrera tienen que librar los combates decisivos, y el P. C., políticamente

desorientado, no crece en las proporciones necesarias ni cumple con su deber.

6. Lo anterior no son más que hechos. Pero los hechos tienen sus causas. La crisis de la I. C., más evidente y grave cada día, es el resultado de los cambios que ha sufrido la dirección política del comunismo. Desde que la Unión Soviética ha empezado a desentenderse de la revolución internacional, creyendo bastarse a sí misma para edificar el socialismo, toda la I. C. ha ido olvidando progresivamente sus deberes revolucionaros. Los P. C., en los cuales ha desaparecido por completo la democracia interior y viven subordinados a un aparato directivo omnipotente, son cada vez más indiferentes a la situación internacional. La principal preocupación de los partidos consiste en obedecer los mandatos de una dirección que no cree, aunque hable de ella, en la revolución internacional y tiene su política orientada en sentido distinto. La política staliniana significa, en realidad, un estancamiento del comunismo con la revolución hecha en Rusia, y nada más.

7. En el cuerpo de la doctrina y de la política comunistas se ha ido infiltrando el oportunismo staliniano. Este oportunismo consiste en creer—o en fingir creer—que aun no triunfando la revolución internacional se puede edificar íntegramente el socialismo en la U. R. S. S. Y que, por otra parte, la teoría del socialismo en un solo país no quiere decir que se renuncie a la revolución mundial. Es ésta la posición de principio que ha tomado el oportunismo staliniano. Pero a la larga se va viendo cómo esta posición oportunista entraña los mismos peligros para la U. R. S. S. que para la revolución mundial. Los marxistas saben que hay una imposibilidad de principio para edificar el socialismo dentro de las fronteras nacionales, aunque la Unión Soviética pudiese coexistir pacíficamente con los países burgueses. Pero, además de esa imposibilidad de principio es un sueño creer que la reacción burguesa puede dejar vivir pacíficamente la U. R. S. S. Hoy es demasiado evidente—cualquiera puede comprenderlo—que con el Japón dueño de Manchuria, si triunfase el fascismo en Alemania, la burguesía se aprestaría a liquidar militarmente la Unión Soviética. Por otra parte, a causa del nacional-socialismo staliniano, los partidos comunistas van perdiendo terreno internacionalmente y de partidos revolucionarios se están transformando en simples agencias de propaganda de la U. R. S. S. Frente al oportunismo staliniano, la Izquierda Comunista afirma el internacionalismo más estricto. Para la Izquierda Comunista, la U. R. S. S. no es más que una parte, y el comienzo de la revolución mundial; luchar por el triunfo del socialismo en la U. R. S. S. obliga a luchar sin tregua por el triunfo de la revolución mundial; luchar por el triunfo de la revolución mundial significa, en primer lugar, la lucha por la victoria del proletariado en los países capitalistas y, además, es el único medio que a la larga tiene de salvarse la U. R. S. S. Para la Izquierda Comunista ambas cosas—defensa de la U. R. S. S. y revolución internacional—son una sola cosa.

8. La Oposición de Izquierda vió desde el primer momento—a eso se debe su origen—el peligro que entrañaba el stalinismo, y se señaló como misión el salvar al comunismo, evitando que el stalinismo progresase. Su finalidad es neutralizar la funesta acción del stalinismo hasta acabar por extirparlo de las organizaciones comunistas. La Izquierda Comunista sabe, y la experiencia lo está demostrando, que la Internacional, abandonada al stalinismo, se perderá inevitablemente. Los retrocesos del comunismo en la escala interna-

cional justifican plenamente la crítica de la Oposición de Izquierda, a la vez que hacen más apremiante cada día la necesidad de su política y de sus soluciones revolucionarias.

9. La Oposición de Izquierda ha actuado siempre con respecto a la I. C. como si estuviese en el seno de una organización unificada. A pesar de haber sido dictatorialmente excluída, la Oposición siguió actuando como si estuviese en el interior de las organizaciones: ligándose a la base de los partidos, se esforzaba porque éstos adoptasen sus puntos de vista. De hecho, la Oposición no tiene otra política que la de los partidos comunistas, desde el momento en que no se decide a llevar su política a la práctica más que en la medida en que los partidos la acepten. Por grandes que sean las diferencias entre la Izquierda Comunista y el stalinismo, prácticamente resulta que la Oposición no tiene más programa que la «reforma del partido», pues hace esta reforma condición previa para la ejecución de su política. La actitud tradicional de la Oposición es de todo punto insuficiente en las circunstancias actuales y, de persistir en ella la Oposición, no conseguirá ser en los momentos decisivos una solución política. Porque las reformas parciales que consiga hacer en la Internacional no modifican substancialmente la naturaleza del stalinismo. Los llamados «virajes» de la Internacional no son, en conjunto, un paso adelante—aunque haya algún punto que signifique un progreso—, sino, en realidad, hábiles cambios de postura para perseverar en los mismos vicios. Manteniendo este punto de vista de una manera consecuente, resultaría que la clase obrera estaría privada de la política de la Oposición hasta que se hubiese logrado la reforma total de la I. C., a la vez que se prolonga—si no se imposibilita—la reforma de la I. C. La falta de educación política a que están condenados los elementos de base de los partidos por la camarilla burocrática, así como la continua deformación de textos, las calumnias e insultos, que constituyen la táctica de la camarilla staliniana frente a la Izquierda Comunista, hacen extraordinariamente difícil la asimilación de nuestros puntos de vista por vía meramente crítica. Es menester que la Oposición pueda presentar, además de su crítica, el ejemplo vivo de su política.

10. Dada la agudización de la crisis del sistema capitalista y la notoria insuficiencia de los partidos comunistas, es necesario que la Izquierda Comunista se convierta en una fuerza activa, que empiece por neutralizar la funesta acción del stalinismo y acabe por extirparlo. El deber de la Oposición de Izquierda es ligarse íntimamente a la I. C., caminar juntos en todo lo posible, pero también llevar a la práctica su política, sin esperar a que la Internacional la acepte en aquellos puntos donde haya una divergencia fundamental. El uso que la Oposición deba hacer de esta independencia política de principio sólo puede fijarse en la escala nacional, pues está en relación con la situación política del país y con la fuerza que en el país tenga el Partido. Cuanta menor sea la fuerza del Partido, mayor es el deber de la Oposición de llevar su política a la práctica. No proceder así equivaldría a acometer la situación revolucionaria por el punto de mayor resistencia. Si la Oposición de Izquierda es la vanguardia del comunismo, tiene que ser, por lo tanto, la vanguardia de toda la clase obrera. Para ello tiene que hacerse políticamente fuerte, demostrarle a toda la clase obrera que su orientación es la justa, demostrándole a los comunistas en particular cuál es la política que debe seguir la Internacional, luchar por su readmisión en los organismos oficiales del comunismo, demostrando en la práctica tantas veces como sea necesario que la Izquierda Comunista es la única tendencia que lucha sinceramente por la unificación de las fuerzas, es decir, cargando toda la responsabilidad de la escisión sobre quien la tiene: sobre la burocracia staliniana.

Por una serie de circunstancias que no es del caso enumerar, la Izquierda Comunista ha vivido recluída en una función meramente crítica, que ahora debe transformarse en una política activa. La fuerza de los hechos se encargará de demostrar que la Oposición de Izquierda se llama con razón vanguardia del proletariado y de la Internacional Comunista. Nuestros puntos de vista actuales se resumen en los siguientes extremos:

1.° La concepción de la formación de la Oposición como nuevo partido supone prácticamente en el actual momento de desenvolvimiento de nuestra organización una tendencia liquidadora de la misma. Las posibilidades de desarrollo cerca del Partido no han desaparecido y la Internacional Comunista no está enteramente perdida para el proletariado internacional.

2.° La existencia internacional de nuestra organización como *oposición* supone en principio la aceptación de la concepción de que mediante el restablecimiento de los principios democráticos generales que informan la Internacional ésta puede encontrar su salud revolucionaria.

3.° La concepción de nuestra organización como *fracción* supone que sólo a través de la aplicación total de nuestros principios puede la Internacional reintegrarse a su papel de guía del proletariado internacional.

4.° Nuestra organización internacional debe desempeñar el papel de *fracción* y como tal luchar no sólo por el prevalecimiento de las normas democráticas en el seno de la Internacional, sino por imponer nuestros principios. En tal sentido, la Oposición no puede limitarse a ser un simple apéndice del Partido, sino que cuando se observe en un aspecto cualquiera la falta del Partido, esta laguna debe ser cubierta por ella. Nuestra actividad debe encauzarse en el sentido de dar una educación eminentemente *fraccional* a los nuevos militantes y en el de crear organizaciones amplias.

TESIS SOBRE LAS NACIONALIDADES

1. En el tiempo transcurrido desde la última Conferencia de la Oposición Comunista de España se han desarrollado de tal forma los problemas que plantea la revolución española que la realidad histórica obliga, en buena lógica, a hacer algunas rectificaciones, si no de fondo en algunos, como en el problema de las nacionalidades, por lo menos de forma y de táctica. En el proyecto de tesis sobre la cuestión de las nacionalidades, aprobado por unanimidad en la Conferencia de junio de 1931, se estudian los problemas nacionales que tiene planteados España de una manera uniforme y sin establecer diferencias entre ellos. La experiencia nos ha demostrado que los comunistas no podemos afrontarlos todos con el mismo criterio. Hay que hacer distinciones y distinciones tan substanciales que nos llevan a conclusiones totalmente opuestas. Cada uno de los casos tiene tan distinta génesis y tan distinto desarrollo y fundamento que equipararlos sería un error en el cual, como comunistas, no podemos de ningún modo caer.

2. La emancipación nacional es una de las reivindicaciones de la democracia, y por esto el proletariado no puede desentenderse de ella. La emancipación nacional, como las demás conquistas de la democracia, no puede ser alcanzada más que por la acción de las grandes masas populares dirigidas e impulsadas por el proletariado. España, es en la Europa occidental el país económicamente más atrasado, y en ella conviven las más opuestas economías. Esta es la causa de que en el trancurso de siglos no haya podido asimilar, ni económica ni culturalmente, los distintos pueblos que en su origen la formaron al constituirse como una sola unidad política. Mientras una parte del Estado, la menos extensa, se veía impulsada por el camino del progreso capitalista, otra parte, la más importante y, por desgracia, la que tenía el predominio político, permanecía en un estado agrario semifeudal, ligado fuertemente a la existencia de la monarquía y de la Iglesia. Este desequilibrio tenía que producir forzosamente una lucha entre la parte más avanzada y la más atrasada, en la que a la vez coinciden, y no por casualidad, puesto que históricamente existen razones para que sea así, la existencia de pueblos de lengua e idiosincrasia distinta dentro de la unidad política española. Sin embargo, los dos resurgimientos nacionales de España no tienen ni las mismas características ni el mismo significado. Es eminentemente democrático y progresivo uno, el catalán; el otro, el vasco, es, por el contrario, eminentemente regresivo.

3. Cataluña, en el conjunto del Estado español, representa la parte más avanzada y progresiva. La burguesía catalana, a la pérdida de las últimas colonias de América, reconociendo el valor impulsivo del resurgimiento catalán y tomándolo de manos de poetas y soñadores, hizo de él un arma para amenazar y sacar ventajas para sí a la monarquía, que tenía su principal asiento en el atraso en que vivía y vive la mayor parte del Estado, parte de él sumido aún en un semifeudalismo que impide todo progreso democrático. El capitalismo catalán, debido sin duda a lo poco sólidos que son los cimientos de una industria que no tiene raíces naturales en el país, sino más bien nacida de una voluntad tenaz y de la necesidad imperiosa de no perecer como pueblo, por mediación de su partido representativo (la Lliga), olvidó pronto su misión de democratizar el Estado, y a cambio de concesiones que le permitieran subsistir y progresar mediocremente como clase, dispuesta a no perder su influencia en la dirección del Estado, relegó las aspiraciones nacionales de Cataluña a segundo término. Esta posición de la gran burguesía catalana contribuyó a desplazar el movimiento nacional hacia la izquierda, dando la hegemonía a la pequeña burguesía, que lo radicalizó y le dió un contenido revolucionario.

4. Esta etapa del movimiento nacional catalán desempeña un gran papel en el movimiento revolucionario español, e incluso sus jefes, Maciá especialmente, llegan a ilusionar no sólo a las masas de Cataluña, sino a buena parte de las masas revolucionarias pequeño-burguesas y proletarias del resto de España. En este sentido, las masas de la C. N. T., mientras sus dirigentes amenazaban con oponerse hasta con las armas en la mano al movimiento separatista catalán, comprendían su papel mucho mejor que sus jefes, aunque lo comprendían de una manera inconsciente y poniendo en ello ilusiones que habían de ver defraudadas. Era evidente el impulso que daba a la revolución española el movimiento nacional catalán, radicalizado por la pequeña burguesía dirigida por Maciá, el cual, como había sido predicho por los comunistas, había de traicionar sus propios ideales entregándose sin condiciones al Gobierno central, continuador en este aspecto, como en tantos otros, de la labor de la caída monarquía.

5. Hoy con República, como ayer con monarquía, el problema nacional catalán significa un impulso hacia adelante en la revolución democrática. Aun hoy, después de la caída de la monarquía, el resurgimiento nacional de Cataluña representa la lucha de la parte más avanzada de España contra la más atrasada; significa la lucha de la democracia contra la parte feudal del Estado. Los comunistas tenemos el deber de defender incondicionalmente el derecho de Cataluña incluso a su independencia; pero al mismo tiempo debemos denunciar a las masas el papel de traición que los dirigentes de la pequeña burguesía juegan en esta lucha por la independencia nacional de Cataluña. En la actualidad, la traición que han llevado a cabo Maciá y sus partidarios es indudable, y ha sido denunciada por algunos de los mismos que ayer le seguían. Pero a Maciá, en su mismo papel, han de substituirle otros que fueron sus partidarios y que todavía están más próximos a la clase obrera y no del todo faltos de prestigio entre las masas proletarias y las masas más proletarizadas de la pequeña burguesía de la ciudad y del campo. Esto representa un verdadero peligro para la revolución.

6. No puede tampoco la Oposición seguir a los dirigentes del B. O. C. en su inconsciente política nacionalista que tantos elementos de la pequeña burguesía les atrae, y los cuales ven en el B. O. C. no el partido de clase, el partido comunista, sino el partido catalán, que «va más lejos en su separatismo». Esta política debe ser implacablemente condenada por la Izquierda Comunista, pues podría hacer creer a parte del proletariado que su emancipación depende sólo de la emancipación nacional de Cataluña, y esto no es cierto. Esto lo saben muy bien los jefes del B. O. C., que en aras a la popularidad abandonan la ruta del Comunismo. La emancipación del proletariado catalán no depende de la emancipación de Cataluña, sino todo lo contrario; la emancipación de Cataluña, como la de todos los pueblos, depende de la emancipación del proletariado, que al hacer su revolución e instaurar su dictadura resuelve este aspecto de la revolución democrática, como resuelve todos los demás que de ningún modo puede resolver la democracia burguesa. Decir lo contrario a los obreros de Cataluña, igual que a los de los demás países no emancipados, supone engañar a sabiendas a los obreros y traicionar la causa del proletariado.

7. En resumen, hay que reconocer que el problema catalán es una realidad y tiene sus razones económicas que le dan un carácter progresivo y revolucionario. La Oposición Comunista de Izquierda debe aprovechar y aun impulsar este movimiento en lo que en sí tenga de revolucionario, no olvidando en ningún caso evidenciar ante el proletariado el carácter democrático del problema de las nacionalidades, y que nunca la libertad de los obreros depende de la libertad de los pueblos como tales, sino todo al contrario, que sólo el proletariado con su triunfo puede dar realmente a los pueblos esta libertad que les niega la democracia burguesa.

8. ¿Puede acaso un comunista situarse del mismo modo ante el problema vasco que ante el catalán? Puede decirse rotundamente que no. Todo lo que tiene de revolucionario y progresivo el movimiento catalán tiene de reaccionario y atrasado el movimiento vasco. Los comunistas, ante el significado tan distinto de estos dos problemas, no podemos pronunciarnos del mismo modo ante uno y ante el otro. El problema catalán debemos admitirlo como un factor revolucionario y hasta en cierto modo debemos impulsarlo; pero ante el hecho nacional vasco hemos de adoptar una actitud totalmente opuesta.

9. Si bien en principio es verdad que los comunistas hemos de defender el reconocimiento del derecho de las nacionalidades a disponer de sus propios destinos, ante un movimiento nacional como el vasco, que representa todo lo que de atrasado y retrógrado existe en España y se convierte en el baluarte de la reacción, los comunistas, en defensa de la revolución, no sólo no debemos cruzarnos de brazos por un respeto mal entendido a los principios, sino que en nombre de nuestros principios de emancipación del proletariado debemos oponernos por todos nuestros medios a este movimiento. En Cataluña, el movimiento nacional tiene su base en los centros industriales, en la parte más avanzada de la población. En el país vasco es precisamente en los centros industriales donde no se siente el problema de la liberación nacional. Donde éste tiene más enemigos es entre las masas obreras, las que le oponen una feroz resistencia. Su cuna y su fuerza está entre la clase campesina, dirigida por la Iglesia, y en cierto modo ayudados por la gran burguesía, que ve en el nacionalismo vasco la posibilidad de constituir sindicatos obreros nacionalistas frente a las organizaciones de clase, para así luchar mejor contra las aspiraciones del proletariado. Ya en las luchas del siglo pasado entre la monarquía absoluta y la monarquía constitucional, el particularismo vasco puso todas sus fuerzas al servicio del absolutismo, y hoy, a la caída de la monarquía, el nacionalismo se ha aliado sin tapujos con la reacción al servicio del régimen caído. El movimiento nacional catalán impulsa la revolución democrática. El movimiento nacional vasco frena y pone obstáculos a esta misma revolución. Los comunistas debemos luchar con todas nuestras fuerzas contra este nacionalismo, baluarte de la reacción más exacerbada.

10. La tan conocida frase de Lenin: «El reconocimiento del divorcio no excluye la agitación contra el divorcio», y mucho menos implica que haya que hacer propaganda a favor del divorcio, señala a los comunistas la actitud que deben adoptar ante otros problemas nacionales ficticios que algunos elementos, en especial los jefes del B. O. C., pretenden crear en España. El movimiento nacional de Galicia, de Andalucía y, según puede colegirse de sus propagandas, el problema de Aragón, de Murcia, etc., etc., tantos problemas nacionales como en regiones está dividido el Estado español, tengan o no verdadero carácter nacional, una base económica y cultural propia, han nacido de un afán de izquierdismo pequeñoburgués. El problema nacional gallego no es tal problema ni existe tal movimiento nacional en Galicia; Galicia, ni por su cultura particular, que no la tiene, por lo menos con fuerza para diferenciarse del resto de España; ni por su desarrollo económico, plantea ningún problema nacional; Galicia no tiene grandes núcleos industriales que representen un peso específico real en el Estado. Galicia no ve coartado su progreso por el atraso del resto de España, porque en realidad, económicamente, se halla en el mismo estado de atraso del resto del país. En todo caso, si Portugal hubiera sido un Estado económicamente fuerte y avanzado, en Galicia, por su lengua y por su tradición, hubiera planteado un problema de irredentismo. Pero los comunistas no podemos especular sobre cosas que no existen, ni tampoco, en caso de que esto último fuera cierto, en vísperas de una posible revolución proletaria, íbamos a pretender seccionar parte del Estado teatro de la posible revolución, para integrarlo en un Estado en el cual la burguesía fuera más fuerte.

11. Lo mismo, o más todavía, podemos decir del llamado problema andaluz. Si el problema gallego pudiera tener alguna razón de ser en la mente romántica de literatos pequeñoburgueses, el problema andaluz no puede tener ni esta ínfima base romántica de una lengua que muere. Andalucía, ni por razones étnicas, ni por razones económicas ni culturales, ni siquiera por razones de puro romanticismo, tiene planteado ningún problema nacional. El problema andaluz no puede tener su origen más que en la mente desbocada de un literato que viva fuera del tiempo y del espacio. Todo lo más, este falso problema nacional andaluz podría convertirse un día en el baluarte del agrarismo feudal imperante en la región. En cuanto a los demás problemas podemos decir lo mismo. Ni Aragón, ni Murcia, ni ninguna otra región tienen planteados problemas de emancipación regional. Acaso en Valencia y Mallorca, por su cultura, por su lengua y por su origen, podría producirse un día un movimiento, pero de integración a Cataluña. De todos modos, no vamos a ser precisamente los comunistas los que creemos un movimiento de emancipación nacional, cuando la fuerza de la realidad y las exigencias económicas no lo han producido.

12. No deberíamos en esta tesis sobre las nacionalidades introducir el caso de Marruecos; pero la forma en que el Partido Comunista de España, y especialmente el B. O. C. lo han equiparado a los problemas nacionales de la península, obliga a ello. En el proyecto de tesis del B. O. C., hablando de los movimientos nacionales de España, se dice: «y sobre todo el de Marruecos». Esto no es cierto. El de Marruecos no es un problema nacional, porque en Marruecos no existe una nación, porque en Marruecos no sólo no se ha desarrollado el capitalismo que es el exponente más característico de la nacionalidad, sino que ni siquiera puede casi decirse que viva en un régimen feudal, sino más bien de clan o de tribu. En donde no existe la nación no puede haber de ningún modo un movimiento nacional.

13. En Marruecos no hay una nacionalidad, porque el Estado colonizador no ha sabido crear en él la unidad económica que despertara esta comunidad de intereses, que clase por clase produce la existencia de una nacionalidad. España no ha sabido crear en Marruecos una industria, no ha sabido introducir en él los progresos del capitalismo, ni siquiera ha sabido hacer progresar el estado rudimentario de su agricultura; tampoco ha sabido darle una cultura que propulsara su unidad. Los marroquíes, al luchar con las armas en la mano contra los invasores, no luchan por Marruecos, luchan por su aduar, lo más por su cabila. Las cabilas e incluso los aduares son enemigos entre sí, y muchas veces luchan entre ellos con más saña que contra los propios invasores que van a imponerles la *paz*. Para los comunistas españoles el problema de Marruecos es un problema totalmente aparte del de las nacionalidades. Es un problema colonial, y como tal es como debe ser estudiado.

14. Los comunistas deben pronunciarse incondicionalmente por la libertad de los pueblos oprimidos, llegando incluso a la separación, si ésta es su voluntad; pero siempre en lo que tengan de democrático y de lucha contra la opresión.

Ahora bien; el problema de Cataluña es un problema de carácter progresivo y revolucionario. Los comunistas, como revolucionarios, tenemos el deber de reconocer a Cataluña el derecho a su independencia, si ésta es la voluntad de las masas de Cataluña; pero debemos al mismo tiempo advertir al proletariado catalán que la liberación nacional de Cataluña no significa su emancipación, y que sólo la revolución del proletariado catalán con la del resto de España concederá este derecho de la revolución democrática. Los comunistas no debemos tender a escindir al proletariado, sino a conseguir su unión.

15. Los comunistas de Cataluña tienen el deber de denunciar la inconsecuencia de la pequeña burguesía radical, combatir el chauvinis-

mo local y demostrar que la burguesía es incapaz de resolver el problema de las nacionalidades. El movimiento nacional vasco, contrariamente al catalán, es un movimiento reaccionario y retrógrado. Por lo tanto, los comunistas, de acuerdo con el sentir de las masas obreras de Vasconia, que rehusan y lo combaten, debemos combatirlo como un dique que es a los avances de la propia revolución democrática. Los comunistas no debemos aceptar los movimientos nacionales que no tengan su base en la realidad. Debemos oponernos, por tanto, a lo que pretenden algunos llamar movimiento nacional gallego, andaluz, etc., etc. La burguesía española, por su debilidad, por los lazos que la unen económicamente a las fuerzas feudales del país, por sus condiciones y contradicciones internas, es incapaz de fundir los distintos pueblos en la potente unidad política que los intereses del desarrollo económico de España exigen. Sólo la victoria de la clase obrera históricamente progresiva, esencialmente libertadora, unida por encima de las diferentes nacionalidades por un interés común, garantizará el desenvolvimiento de los pueblos y el reconocimiento de sus derechos acabando con toda opresión.

RESOLUCION SOBRE LA SITUACION ALEMAMA

1. Las elecciones alemanas de 1930 acusaron un crecimiento notable tanto del Partido Comunista como de su antípoda, el partido fascista, crecimiento que venía a ser el reflejo de la aguda crisis que atravesaba el país. Como en toda coyuntura revolucionaria aguda, se ponía de manifiesto la imposibilidad de mantener el régimen parlamentario burgués y la aproximación de los momentos decisivos de la lucha de clases. La reacción, congregándose en torno al fascismo, se disponía al aplastamiento de la clase obrera, y ésta, a su vez, bajo la presión directa de la crisis, buscaba su propio camino: la salida revolucionaria de la situación. Como todavía no se han librado los combates decisivos, el peso de la situación recae sobre el Partido Comunista alemán, como única fuerza capaz de dar la batalla a la burguesía y de llevar a los obreros a la victoria. De la política que siga el Partido Comunista alemán, de que sepa adquirir superioridad sobre el enemigo, depende el porvenir de la clase obrera alemana.

2. Para tener idea clara de los progresos que ha efectuado el fascismo con relación al Partido Comunista, basta fijarse en el cambio de actitud de éste desde 1930. En 1930 el Partido Comunista alemán exageró la importancia de la victoria electoral, considerándola en absoluto por el solo peso de sus cifras y sin tener en cuenta los progresos que simultáneamente había efectuado el fascismo. Alucinado por su victoria electoral, el Partido Comunista llegó a decir que la revolución proletaria en Alemania estaba asegurada y que no existía peligro fascista. El peligro existía, sin embargo, y cada día se ha ido haciendo más amenazador. A pesar de que las cifras electorales no suministran un criterio firme para juzgar las situaciones revolucionarias, pues las posibilidades de triunfo de uno u otro campo no dependen sólo de su fuerza numérica, sino también de su naturaleza de clase, las elecciones de 1930 en Alemania demostraron que el peligro fascista era un peligro real. Si bien es cierto que el P. C. obtuvo 4.600.000 votos contra 3.300.000 que había obtenido en 1928, los fascistas, en cambio, saltaron de 800.000 votos en 1928 a 6.400.000 en

1930. El proceso de diferenciación posterior se ha ido efectuando con progresos de ambos partidos, pero el fascismo ha crecido en proporciones mayores que el comunismo. A consecuencia de ello ha cambiado también la actitud del P. C. frente al fascismo. Pero la nueva actitud—que aun el Partido no ha expresado claramente—es mucho más grave que la anterior. Actualmente el Partido no niega el peligro fascista, pero lo que hace es sacarle importancia y presentar la posibilidad de una victoria del fascismo, no como lo que significaría en realidad—un descalabro para la clase obrera alemana y mundial—, sino como un simple cambio de gobierno, sin mayor trascendencia. «Si triunfa el fascismo—viene a decir el P. C. A.—, se caerá antes que cualquier otro Gobierno, y a continuación triunfará la clase obrera. Con esta actitud la dirección staliniana del P. C. A. delata su inclinación a ceder el paso al fascismo sin combate, cuando tiene en sus manos todas las posibilidades de la victoria sobre el fascismo. La fanfarronería de 1930 se ha trocado en una cobardía disfrazada en palabras funestas, que entraña los mayores peligros y tiene sumido en la desorientación al proletariado alemán. Las dos actitudes del P. C. en tan corto espacio de tiempo son la prueba del avance enorme que ha hecho el fascismo.

3. De un largo período de colaboración con el reformismo proletario y con la burguesía revolucionaria, a causa de la cual sufrió grandes descalabros, sobre todo en Inglaterra y China, pasó la I. C. a una política aturdida y sectaria, cuya característica principal es que la imposibilita para la conquista de las masas. La falsa apreciación de lo que políticamente significa la socialdemocracia y los partidos democráticos, encerrándolos todos, sin establecer ninguna distinción entre ellos, en el denominador común de «fascistas», así como su actitud en la cuestión sindical—derivada también de estas falsas posiciones de principio—, constituyen la base de todos los errores políticos de la I. C. desde 1928. Las modificaciones que introdujo posteriormente la I. C. en su política no han llegado hasta corregir los errores fundamentales.

4. El P. C. A. no consigue conquistar la clase trabajadora porque empieza por alejarse de ella. La táctica de escisionismo sindical, la tendencia a recluirse en sectas sindicales—«sindicatos rojos»—al margen de las grandes centrales, en lugar de perjudicar a la socialdemocracia la ha favorecido, pues alejados de los sindicatos los comunistas, la burocracia reformista puede gozar del control absoluto de la clase obrera. La cifra de los efectivos sindicales del comunismo (en julio último eran 50.000 afiliados contra cuatro millones y medio en los sindicatos socialdemócratas) enseña perfectamente los funestos resultados de esa política sectaria. Si se compara esta cifra con la cifra electoral del Partido se ve que muchos obreros que votan el comunismo no lo siguen, sin embargo, en política sindical.

5. En política general, la «teoría del socialfascismo» vino a significar el poner por encima de todo la lucha contra la socialdemocracia y anteponerla incluso a la lucha contra el fascismo auténtico. La política que se desprende de la teoría del «socialfascismo» ha beneficiado a todos menos al comunismo. El aparente radicalismo de la palabra conduce, en realidad, a la política más aturdida y reaccionaria. Si el P. C. no identificase el fascismo con la socialdemocracia no incurriría en el crimen de secundar el 9 de agosto de 1931 un plebiscito que los fascistas dirigían contra el Gobierno socialdemócrata, a sabiendas de que si triunfase el «plebiscito», si lograba derribar al Gobierno socialdemócrata, sólo los fascistas se aprovecharían de la victoria (se formaría un Gobierno fascista), pero no la clase obrera

ni el comunismo. En el llamado «plebiscito rojo» la «teoría del social-fascismo» llegó a los resultados más culminantes. El P. C. carece de una política que le permita agrupar a las masas para vencer un peligro inmediato. Perdido en un doctrinarismo que es hijo directo del sectarismo burocrático, el Partido vacila y se envuelve en un mar de confusiones cuando la situación reclama una política clara y decidida.

6. El problema que tiene planteado el P. C. A. no es sólo el de decir una cosa tan cierta como es el que objetivamente la socialdemocracia favorece el advenimiento del fascismo. Le favorece desde el momento en que es un partido democrático con base obrera, cuando en el mundo actual la democracia parlamentaria no puede sostenerse y le abre, por lo tanto, el camino al fascismo. Este desplazamiento del socialismo a posiciones cada vez más reaccionarias se ha visto en Alemania con claridad. Cuando se presentó por primera vez la candidatura del general Hindenburg los socialistas no lo votaron por considerarlo militarista y reaccionario. Pero en las últimas elecciones han tenido que apoyarlo para librarse de otro enemigo peor: de Hitler. Hindenburg es tan reaccionario como era; es el mismo. Quien se ha aproximado a Hindenburg es la socialdemocracia. El partido socialista tiene que correr la suerte de toda la democracia burguesa: para sostenerse se hace cada día más restringida y reaccionaria, y al fin y al cabo tiene que ceder el paso al fascismo. Pero de ahí no se desprende que sean lo mismo fascismo y democracia burguesa, ni tampoco, en nombre de ninguna teoría, es lícito abandonar las obligaciones políticas del momento y estarse sin saber lo que hacer. El problema que tiene planteado el P. C. A. desde 1930 es el de unificar la clase obrera, siendo como es hoy, siendo en su mayoría socialdemócrata y no comunista, unificarla para dar la batalla al fascismo, y no desentenderse de ello diciendo que sin vencer a la socialdemocracia no se puede vencer al fascismo.

7. La burocracia staliniana pretende confundir a la Izquierda Comunista, acusándola de que, como la socialdemocracia, propone la defensa del Gobierno actual de Alemania por considerarlo un «mal menor» respecto al fascismo. ¿Es que el proponer un frente único de lucha contra el fascismo supone por nuestra parte el apoyo de la socialdemocracia y de todo régimen actual? El mismo P. C. reconoce que no puede tomar inmediatamente el poder. Esto quiere decir que la inmensa mayoría de los obreros están en manos de la socialdemocracia. Hasta que conquiste a esas masas el Partido no puede pensar en la toma del poder. Pero puede, sin embargo, organizar la defensa y vencer al fascismo, que está a la puerta. Es evidente que apoya en cierto modo al régimen actual desde el momento en que, en lugar de dirigir las armas contra él, las dirige contra el fascismo. En este sentido puede decirse que proponemos una política de «mal menor». Pero es que si no se procede así, si no se hace una política de frente único con la socialdemocracia, contra el fascismo, entonces lo que resulta es un «mal mayor»: la subida del fascismo al poder, ya que el P. C. no está en condiciones de tomarlo inmediatamente.

8. En realidad, la política de frente único contra el fascismo que nosotros proponemos no es una política de apoyo al «mal menor», sino simplemente de guerra al fascismo. Por política de «mal menor» sólo puede entenderse la que hacen los socialistas, que por no tener una política de clase, por ser enemigos de la revolución proletaria, se ven obligados a apoyar Gobiernos que llevan una política antiobrera y están a dos pasos del fascismo. En cambio, un partido como el

comunista, que tiene una política de clase, que camina hacia la revolución proletaria, y para ello sólo espera adquirir la fuerza, no hace política de «mal menor» si en un momento dado hace el frente único de toda la clase obrera para impedir que el fascismo suba al poder. Como la mayoría de la clase obrera tiene que hacer el frente único con la socialdemocracia. Proponer, como hace el stalinismo, el «frente único rojo, dirigido por los comunistas», es no proponer nada, porque para ser eficaz tendría que aceptarlo la mayoría de la clase obrera, y el hecho de que la clase obrera lo aceptase demostraría que no era socialdemócrata, sino que era comunista. La política de frente único no es para hacerla con los obreros que son o siguen al comunismo, que esos ya están unificados, sino para hacerlo con los que no son comunistas. El stalinismo actualmente carece de una política de frente único. Lo que el stalinismo llama frente único no es más que la política de «hazte comunista; sígueme y vencerás».

9. El frente único que la Izquierda Comunista propone para salvar a la clase obrera alemana del fascismo no supone el menor apoyo del régimen constituído, sino el único medio de poder vencerlo a continuación. Se trata de un frente de lucha en el cual los comunistas no han de silenciar la crítica de los socialistas, de sus traiciones y debilidades; pero sobre la base de la defensa nuestra contra el fascismo. Cada ataque de los fascistas a las organizaciones obreras, sean o no reformistas, debe ser contestado por todos los obreros. El P. C. debe conservar su independencia política; pero luchar a la vez por la unificación de las grandes masas con una plataforma común de luha contra el fascismo, organizando a los obreros en los lugares de trabajo y unificando los sindicatos. Los comunistas han de combatir la política de «mal menor» de la socialdemocracia. Combatir esta política significa oponerse al ataque que el régimen actual, apoyado por la socialdemocracia, viene llevando contra las condiciones de vida de la clase obrera y contra derechos que tenía conquistados. Los comunistas han de oponerse a que la clase obrera pierda ninguna de sus posiciones. La persistencia en los mismos errores políticos por parte del P. C. A. ha traído como consecuencia el que el fascismo no hiciese más que ganar terreno. Esa política ha sido, pues, plenamente condenada por los hechos. Ha ganado terreno el fascismo, y la socialdemocracia ha apoyado todas las medidas del Gobierno actual alegando que, aunque malas, son un «mal menor» respecto al fascismo. Se impone el retorno a una justa política que, sobre la base del frente único de clase, sin consentir ningún retroceso, asegure la victoria sobre el fascismo, que es el mayor peligro que pesa sobre el proletariado alemán y sobre el proletariado mundial.

10. La primera victoria del proletariado—la revolución rusa—hubo de envolver a la burguesía mundial. La ola revolucionaria de los años 1918-1921 puso a toda la burguesía al borde del abismo. Ningún país se libró entonces de la ofensiva de las masas oprimidas, que luchaban bajo el poderoso estímulo de la victoria de los obreros rusos. La burguesía se vió obligada a ensayar un sistema alternativo de grandes represiones y de concesiones a las masas explotadas. De una forma apresurada y bastante radical se emprendió la reforma agraria en los países donde no se había hecho: pero, a pesar del radicalismo inicial, la reforma agraria quedó reducida a nada tan pronto como la burguesía volvió a sentirse segura de sí misma. La traición de los socialdemócratas y la falta de preparación de los obreros para asimilarse los principios comunistas fué la causa de la derrota en el período 1918-1921. En el mismo período conoció también España una ingente ofensiva de las grandes masas oprimidas del

campo y de la ciudad. La crisis actual, con toda su profundidad, coincide también con una crisis del movimiento obrero. Los dos países en donde la crisis se ha traducido en mayores luchas revolucionarias de clase contra clase han sido por ahora España y Alemania. Pero, gracias a los errores de nuestra clase obrera, la burguesía española, sin haber vencido aún el desconcierto, empieza ahora a levantar cabeza. No se han resuelto ninguno de los problemas del país; subsisten todas las causas del descontento revolucionario; pero la burguesía española inicia la ofensiva apoyándose en la depresión de la clase obrera. La burguesía mundial, tan preocupada en estos dos años por el curso de la revolución española, empieza a sentirse tranquila y vuelve los ojos hacia Alemania. Del curso de la revolución alemana depende en gran parte el curso de nuestra lucha. El triunfo del fascismo en Alemania aumentaría la depresión de nuestra clase obrera y estimularía a la burguesía española para tomar una ofensiva audaz. En cambio, la victoria del proletariado alemán daría a los obreros españoles la seguridad de la victoria y colocaría la revolución en condiciones de corregir, sobre la base del movimiento obrero en pie, los errores de estos dos años.

FRANCISCO MAYNOU

El 1.º de abril falleció en Canet de Mar (provincia de Barcelona) el camarada Francisco Maynou.

Maynou era uno de los militantes más activos de aquella población catalana. Obrero textil, había participado constantemente en las luchas obreras desarrolladas durante estos últimos veinte años y desempeñado cargos de responsabilidad en la organización sindical. Comunista convencido, fué, gracias a su actividad incansable, y gracias a su entusiasmo ardiente, que se organizó en Canet una fuerte agrupación que constituía un factor de primer orden en la vida obrera local. En estos últimos meses, Maynou no ocultaba su simpatía por la Izquierda Comunista; se hallaba en contacto estrecho con sus militantes y difundía con gran actividad sus publicaciones.

La muerte del camarada Maynou es una sensible pérdida para los camaradas de Canet de Mar, que pierden en él a un elemento dinámico y a un organizador excelente. Que su ejemplo les sirva para continuar con más ardor que nunca la lucha por la causa a la cual consagró los mejores años de su existencia.

Imprenta Juan Pueyo, Luna, 29.—MADRID

Extracto del Catálogo del servicio de librería de EDICIONES COMUNISMO

OBRAS DE MARX Y ENGELS

Marx, Carlos: «El Capital», edición íntegra, 60 pesetas; «Crítica de la economía política», 2; «Miseria de la filosofía», 2; «Revolución y contrarrevolución», 2; «Discurso sobre el librecambio», 0,35; «Génesis del capital», 2,50; «La indiferencia en materia política», 0,20; «Precios, salarios y ganancias», 1,50; «El Capital» (resumido por Deville), 5; «La revolución española», 5; «Manifiesto comunista», 0,50. *Engels, Federico*: «El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado», 2,50; «Religión, filosofía y socialismo», 1,50; «Socialismo utópico y socialismo científico», 0,35; «Elementos de comunismo y testamento político», 1,50; «La violencia», 4; «Manifiesto comunista», 0,50.

OBRAS DE LENIN

«Estado y revolución», 4 pesetas; «El impuesto en especie», 4; «El imperialismo», 4; «Ideario bolchevista», 4; «El comunismo de izquierda», 4; «La revolución democrática y el proletariado», 2; «Estado y comunismo», 0,20; «Materialismo y empirocriticismo», 8; «Cartas íntimas», 6; «Páginas escogidas» (dos tomos), I, 3; II, 4.

OBRAS POLÍTICAS DE DIVERSOS AUTORES

Bogdanov: «Economía política. Curso popular», 6. *Bujarin*: «A B C del comunismo», 2; «La economía mundial y el imperialismo», 4; «El capital bajo el manto del Papa», 0,40. *Deville*: «Principios socialistas», 7. *Grinko*: «El Plan Quinquenal», 7. *Nin*: «Las dictaduras de nuestro tiempo», 5; «El proletariado español ante la revolución», 0,50. *Luxemburgo, Rosa*: «¿Reforma o revolución?», 4; «Huelga en masa», 0,75; «Cartas de la prisión», 6. *Lasalle*: «¿Qué es una Constitución?», 4. *Plejanov*: «Las cuestiones fundamentales del marxismo», 5; «El arte y la vida social», 5; «Anarquismo y socialismo», 4. *Lafargue*: «El materialismo económico de Marx», 0,40; «La religión del capital», 0,40; «El derecho a la pereza», 0,35; «El ideal socialista», 0,20. *Laurat*: «La acumulación del capital, según Rosa Luxemburgo», 5; «La economía soviética», 5. *Riazanov*: «Comunismo y matrimonio», 1. *Krupskaya*: «Lenin, recuerdos de su vida», 2. *Bauer*: «El socialismo, la religión y la Iglesia», 5. *Bebel*: «La mujer en el pasado, en el presente y en el porvenir», dos tomos, a 1,50 el volumen; «Socialización de la sociedad», 0,70. *Maurín*: «Los hombres de la dictadura», 5. *Beer*: «Historia del socialismo», 10. *Kolontay, Alejandra*: «La mujer nueva y la moral sexual», 5. *Liebknecht*: «Cartas del frente y de la prisión», 6. *Hecker*: «La religión en el país de los Soviets», 5. *Krylenko*: «El sabotaje del Plan Quinquenal», 5. *Louis, Paul*: «Panorama político del mundo», 5. *Calverton*: «La bancarrota del matrimonio», 5. *Crowther*: «La ciencia en el país de los Soviets», 4. *Slang*: «El acorazado *Potemkin*», 6,50. *Bonch Bruevich*: «En los puestos de combate de la revolución», 7,50. *Lewinsohnn*: «El dinero en la política», 15. *Vera Figner*: «Rusia en tinieblas», 6. *Liebermann*: «En nombre de los Soviets», 6. *Marx, Engels, Lafargue*: «Capitalismo y comunismo», 6.

El importe del pedido se nos debe enviar por anticipado o a reembolso. Pero advertimos que no servimos a reembolso más que pedidos que importen más de cinco pesetas. Toda la correspondencia a: EDICIONES COMUNISMO, *apartado* 918, *Madrid. Rogamos a todos los camaradas que siempre que envíen algún giro procuren especificar bien por carta su destino.*

EN EL MES DE MAYO REAPARECERÁ

EL SOVIET

(Semanario de la Izquierda Comunista Española)

Doctrina, combate e información. Toda la actualidad política examinada a la luz del marxismo. Amplias informaciones sobre los principales acontecimientos políticos internacionales. Informaciones extensas sobre todos los movimientos económicos del proletariado español. Ecos de la fábrica, del taller, del campo.

Con **EL SOVIET** *semanal, la Izquierda Comunista (los trotskistas) tendrán la posibilidad de ponerse más directamente en contacto con la clase trabajadora para darla a conocer sus consignas.*

EL SOVIET se publicará en Barcelona

Director: ANDRES NIN

REDACTORES Y COLABORADORES

Esteban Bilbao.—Justo Solozabal.—Bienvenido Pelayo.—Marino Vela.—José Loredo Aparicio.—Ignacio Iglesias.—Armando Alonso.—Emiliano Díaz. Manuel Luis.—J. Herrera.—Rafael Gallardo.—Adolfo Morilla.—P. Franco.—Luis Rastrollo.—José Soriano.—Manuel Sánchez Rodríguez.—Manuel Sena. Jesús Mendieta.—Juan Marey.—Metge.—F. de Cabo.—Molins y Fábrega.—L. Fersen.—José Teixidó.—Joaquín Bou.—Arlen.—Luis García Palacios.—Juan Andrade.—Henri Lacroix.—Florencio Liso.—A. González.—Camilo López.—Abelardo Ontiveros.

Suscripción al trimestre, dos pesetas
Número suelto, 15 céntimos

Toda la la correspondencia, giros, donativos, etc., deben dirigirse a la siguiente dirección provisional: ANDRES NIN, Villarroel, 231, BARCELONA